

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/327189598>

Diego Guerrero: TRABAJO IMPRODUCTIVO, CRECIMIENTO Y TERCIARIZACIÓN (30 AÑOS DESPUÉS DE MARX Y KEYNES)

Article in *International Journal of Political Economy* · August 2018

CITATIONS

0

READS

565

1 author:



[Diego Guerrero](#)

Complutense University of Madrid

160 PUBLICATIONS 293 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Karl Marx [View project](#)

Diego Guerrero:
TRABAJO IMPRODUCTIVO, CRECIMIENTO Y TERCIALIZACIÓN
(30 AÑOS DESPUÉS DE MARX Y KEYNES)

1. Introducción: Marx, Keynes y la izquierda europea actual

La izquierda europea contemporánea está construida sobre un entramado intelectual tejido a base de retales procedentes de nuevas y viejas ideas generadas, en su mayor parte, dentro de las tradiciones marxista y keynesiana. El que este *marxismo keynesiano* haya pasado por fases muy diversas, y haya seguido en general una tendencia a largo plazo hacia el predominio creciente del contenido keynesiano sobre el marxista es de menor importancia, ya que la realidad práctica es que en la actualidad es cada día más difícil distinguir las ideas de un marxista típico de un keynesiano de izquierdas --un *postkeynesiano*-- típico. En esto tiene mucho ver la relación general que existe entre realidad y pensamiento, y es por supuesto la realidad la que determina el pensamiento (como creía Marx), y no al contrario (como parecía creer Keynes). La realidad del último medio siglo es que las economías occidentales¹ han pasado de un periodo de expansión (el primer cuarto de siglo posterior a la II Guerra mundial) a otro de depresión (el cuarto de siglo más reciente). Este hecho objetivo trastocó naturalmente el debate ideológico que tenía lugar dentro del pensamiento económico en general, y del pensamiento macroeconómico en particular. Pero la mayor parte de los intérpretes de esta transformación la leen como una simple sucesión de etapas, desde el predominio del keynesianismo a la hegemonía del pensamiento liberal o neo-neoclásico, que ha adquirido su más acabada expresión en Europa bajo la etiqueta reciente de *neoliberalismo* y, sobre todo, de *pensamiento único*.

Hoy en día, lo natural en la izquierda europea es luchar por contraponer un pensamiento *crítico* a ese pensamiento *único* que es casi universalmente definido como la expresión intelectual --expresada con matices y entonaciones diversas-- de las últimas tendencias perceptibles en el propio desarrollo capitalista: la mundialización o globalización de la economía, el predominio de la finanza y de los movimientos de capital a escala universal, la especulación y la inestabilidad de la economía de casino, o simplemente el predominio de lo *económico* sobre lo *social* y/o lo *político*. Mucho de lo que está pasando pasa porque la izquierda europea sólo lee a Keynes, a los postkeynesianos o keynesianos de izquierda y a algunos marxistas que son en su inmensa mayoría nada más que keynesianos. Y eso cuando lee, porque otra mucha izquierda sólo aprende, o cree que aprende, de oídas; y lo que se oye es desde luego el discurso de este marxismo keynesiano, que hace treinta años tan magistralmente criticara Paul Mattick en su obra *Marx y Keynes*, que, por las razones antes citadas, no ha perdido nada de su actualidad (al contrario: ha ganado) para todo aquél realmente interesado en el libre pensamiento y en la comprensión de lo que sucede en la realidad, más allá de los discursos ideológicos superficiales de quienes se limitan a competir por el mercado electoral.

Antes de entrar a repasar brevemente algunas aportaciones de Mattick en su libro, no está de más recordar que sus dos grandes maestros fueron, aparte de Marx, dos marxistas heterodoxos como Rosa Luxemburgo y Henryk Grossmann. Luxemburgo se opuso a Lenin en muchas cosas, y no en vano el triunfo del leninismo --esa variante radical de la socialdemocracia según lo interpretaba Mattick-- tuvo que ejercer su influencia en la manera en que los marxistas leninistas interpretaron la aportación de Luxemburgo al desarrollo del pensamiento abierto por Marx, que fue retomada especialmente por la tendencia marxista a la que pertenecía el propio Mattick, y que, sin mayor análisis, simplemente llamaremos, *consejismo* o *comunismo de los consejos*. Otro heterodoxo marxista fue el también polaco Henryk Grossmann. En este caso, no es que no pudiera considerarse un estalinista², pero su crítica de las interpretaciones marxistas dominantes en el terreno de la economía lo emparentan con la posición que el propio Marx adoptara en su época en relación con los primeros marxistas y con la mayor parte de los socialistas no marxistas, que (tantos unos como otros) no sabían interpretar, según él, la realidad que se alzaba ante su vista, debido precisamente a que utilizaban un arsenal teórico que no era el más adecuado, en vez de usar el libre pensamiento sólo comprometido con la búsqueda de la verdad y el desenmascaramiento del compromiso y del eclecticismo.

Mattick, en su libro, no sólo supo ver la esencia liberal del mensaje keynesiano, sino que fue capaz de predecir el futuro que le esperaba a la teoría macroeconómica keynesiana, y ello gracias a, no sólo su análisis directo y crudo de la realidad capitalista desde el punto de vista del obrero que nunca dejó de ser, sino gracia también a que dominaba la teoría económica y el pensamiento del propio Marx como muy pocos autores, antes y después de él, han podido conseguir. La aplicación de estos ingredientes al estudio sistemático de la obra de Keynes --esfuerzo al que consagró una gran parte de su trabajo, ya que volvió, una y otra vez, a ese tema a lo largo de los años de su vida³-- fue lo que lo llevó a comprender las limitaciones que el análisis keynesiano presentaba, especialmente cuando éste se comparaba con otro sistema conceptual que seguía siendo muy superior: el de Marx, adaptado y desarrollado por los auténticos discípulos de Marx que han contribuido a dar acabado a las ideas inacabadas (por muy sistemática que fuera su presentación final) que nos legara Marx.

a) Las limitaciones políticas del keynesianismo

A veces se olvida que Keynes fue simplemente un liberal culto y consecuente. La izquierda europea actual, excitada con su descubrimiento del *neoliberalismo*, es decir, con el ataque de los gobiernos de la época postkeynesiana a lo que ella llama las "conquistas" de la época anterior (bautizada como "keynesiana", por supuesto, y frecuentemente convertida ahora en una nueva *edad de oro*, o Arcadia feliz a la que ojalá pudiéramos volver cuanto antes), no está en condiciones anímicas lo suficientemente serenas como para recordar que Keynes fue uno de los principales redactores del programa del Partido Liberal inglés en los años treinta, precisamente por la misma época en que discutía con su famoso círculo de Cambridge las primeras ideas que terminarían cuajando en su celeberrima *Teoría*

¹ Por muy interesante que sea, no vamos a detenernos aquí a estudiar las relaciones entre ideología y toponimia. Simplemente, vamos a preguntar: si lugares tan distantes y diversos como Estados Unidos, Australia, Europa o Japón forman parte del mundo occidental, ¿tiene algún sentido este término más allá del de poder ser usado como sinónimo púdicamente *capitalista* por aquellos ideólogos tímidos que prefieren evitar incluso la otra alternativa: sociedades de mercado? El humorista gráfico español *El Roto* ponía en boca de un niño la siguiente pregunta: "Ahora que Occidente ocupa toda la tierra, ¿por dónde vamos a decir que sale el sol?" (*El País*, 27-6-99).

² En el prólogo al libro póstumo de su padre (véase Mattick, 1983), Paul Mattick, jr., califica así, con justicia, a Grossmann, apoyándose en el hecho de que este miembro marginado de la Escuela de Frankfurt, tras su paso por el mundo anglosajón durante los años treinta y cuarenta, terminó sus días en la Polonia estalinista de la postguerra. Sin embargo, la correspondencia entre Mattick y Grossmann demuestra lo cercanos que estuvieron sus pensamientos en muchas de las diferentes cuestiones que tocaron, entre las que destaca la cuestión del análisis de las relaciones entre el factor objetivo y subjetivo de la revolución social anticapitalista.

³ No en vano, el libro *Marx y Keynes* está formado por trabajos redactados en un periodo que se extiende durante más de treinta años.

General. Como millonario, especulador financiero, filántropo de las artes y de la cultura y maestro intelectual multifacético, Keynes se sentía cómodo en un sistema a cuyo hundimiento no quería asistir⁴. Por esta razón, su sentido del realismo le llevó a exigir de sus compañeros liberales la sensatez suficiente como para comprender la importancia del Estado para el correcto funcionamiento de la economía capitalista de mercado.

Todo el debate actual entre pensamiento crítico y pensamiento único, entre izquierda y derecha, entre socialdemócratas y neoliberales, al menos en Europa, es en realidad tan sólo una pequeña tormenta en la taza de té que se tomaba Keynes todas las tardes en medio de la Gran Depresión de los años treinta. Mario Vargas Llosa, uno de los discípulos de ese liberal de corte keynesiano que fue Popper, escribe desde Londres en julio de 1998 un prólogo titulado "Un liberal de pies a cabeza" al libro de su amigo y compatriota⁵ Pedro Schwartz, el liberal más conocido quizás de entre todos los economistas españoles. El gran escritor que es Vargas Llosa define el liberalismo como esa "indivisible moneda cuyo anverso es la democracia institucional y cuyo reverso es el libre mercado" (1998, p. 14). Mi tesis es que la izquierda europea patatea, grita y se desgaña por definir su alternativa de forma todavía más bonita, algo así como que la socialdemocracia sería otra "indivisible moneda cuyo anverso es la democracia institucional y cuyo reverso es la economía social de mercado".

Todo el debate gira siempre en torno a lo mismo: lo libre por encima de lo social *versus* lo social antes que lo libre. Pero, por supuesto, nadie pone en duda el mercado ni la moneda. Y esto es precisamente lo que hace que Mattick, siguiendo, en su soledad, el agudo pensamiento de Marx, nos dejara tanto de valor en el contenido de su libro más famoso: el que supiera reconocer, y prever, que por mucho que se introduzcan altas dosis de lo *social* y de lo *político* a través de masivas inyecciones fiscales y monetarias del Estado, por grande que sea o pueda llegar a ser la intervención pública e institucional, la base de funcionamiento del sistema, la estructura interna de la sociedad capitalista, las tendencias intrínsecas del desarrollo y del funcionamiento del mercado y del dinero, son lo suficientemente poderosas como para imponer su fuerza a los tímidos intentos de variar el curso de una catarata por medio de pequeños gritos de "viva lo social" y "viva el Estado" que a duras penas se pueden escuchar siquiera en medio del fragor de la batalla real, la que lleva a cabo el agua en su busca por alcanzar el objetivo hacia donde la empuja la fuerza de la gravedad.

Por esta razón, Pedro Schwartz cita a Keynes al recordarnos que "la actitud de los liberales ante el Estado suele caricaturizarse por incompreensión (...) creen que el liberal en el fondo desea abolir el Estado, cuando busca centrarlo y reforzarlo (...) Piensan que la ideología liberal cae en todas las ingenuidades del anarquismo. Quiero marcar la distancia entre los liberales y los anarquistas (...) que creen que en un mundo tan poblado como el actual puede existir una sociedad libre sin Estado (...) La gente cree, pues, que los liberales perseguimos la destrucción del Estado. Muy al contrario (...) el liberalismo como programa político es un programa estatal y público" (Schwartz 1998, pp. 167-172). Precisamente Mattick, cuyo comunismo ha sido calificado a veces como perteneciente a la familia del *comunismo anarquista*, que, en cualquier caso, estaba más cercano al de Marx de lo que pudiera estarlo el de Lenin, estaría de acuerdo con Schwartz en que lo que los liberales quieren un Estado fuerte pero barato al servicio del capital, mientras que la izquierda no revolucionaria lo que quiere es un Estado piadosamente bautizado de *social* para adornar el pastel del mercado con una guinda de buen corazón.

b) Las limitaciones económicas del keynesianismo

Pero las limitaciones de la teoría económica keynesiana son más específicas y precisan de una discusión más detallada que lo que pueda merecer el planteamiento general de la izquierda política europea contemporánea. Hay que empezar reconociendo ciertos méritos en el enfoque de Keynes, aunque se haga preciso despejar a la vez algunos malentendidos.

1. Algunos postkeynesianos contemporáneos han defendido muy recientemente, por ejemplo, que Keynes fue nada menos que un defensor de la teoría del valor-trabajo, lo mismo que algunos de sus discípulos más sobresalientes como Joan Robinson (véase Wray 1998). Como he argumentado en otra parte, parece más sensato decir que defendía una teoría del trabajo como medida del valor (véase Guerrero 1999). Como afirmó Schumpeter, una cosa es bien distinta de la otra, y la versión *suave* de la teoría laboral es algo que se remonta en realidad al gran maestro de Keynes, su admirado Malthus, quien, como es bien conocido, se opuso con todas sus fuerzas a la teoría del valor-trabajo que defendía su amigo y contemporáneo David Ricardo. Ni Malthus ni Robinson ni Keynes defendieron jamás la teoría laboral como fuente y origen del valor, si bien es verdad que en Keynes había un sentido de la realidad, ausente entre la generalidad de sus colegas, que lo llevó a percibir que sin el trabajo --o, como prefería decir Robinson, sin el salario-- no se podía encontrar un elemento de homogeneización suficientemente universal como para permitir la cuantificación y la contabilización de las magnitudes macroeconómicas.

2. Más importante es la teoría keynesiana de la tendencia histórica al descenso de la rentabilidad media del sistema. En realidad, una teoría así ya estaba presente en los clásicos y también en los neoclásicos, lo mismo que constituía un elemento central de la teoría de Marx. Donde discrepaban radicalmente todas estas escuelas era en la interpretación que cada una ofrecía del fenómeno. Smith hablaba de *saturación* del capital, y Malthus de un proceso de acumulación *excesivamente* rápido. Por su parte, Ricardo prefería poner el énfasis en las diferencias de comportamiento entre los sectores agrícola e industrial, caracterizado el primero por la omnipresencia de la renta diferencial de la tierra y por la pérdida relativa de productividad en relación con el mayor dinamismo de la industria, que no padecía de limitaciones en su capacidad de oferta. La tesis de Keynes de la tendencia a una *eficiencia marginal descendente* del capital enlaza con la posición de Smith y Malthus, y su insistencia en la importancia del papel del Estado como panacea para los males de la economía capitalista avanzada retoma temas ya planteados por Stuart Mill, en el análisis de las famosas *contratendencias* que están también en el origen del análisis dual del propio Marx.

⁴ Mattick escribió: "La lealtad de clase misma enfrentó a Keynes con Marx: 'Cuando se llega a la lucha de clases como tal', escribió, 'mi patriotismo local y personal [...] está ligado a mi propio medio. Puedo estar influido por lo que a mí me parece Justicia y sentido común; pero la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía educada'. *Essay in Persuasion*, Londres, 1931, p. 324" (Mattick 1969, pp. 29-30).

⁵ No se olvide que Vargas Llosa, a pesar de su origen peruano y de su residencia londinense, tiene concedida la nacionalidad española por acuerdo expreso del Gobierno español.

Merece la pena detenerse en este punto, porque es aquí donde radica una de las mayores aportaciones del libro de Mattick. Marx había definido la *ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia* como la ley más importante de la economía política, y se atribuyó a sí mismo la comprensión científica (por vez primera) del mecanismo profundo que opera bajo las meras apariencias observables por el analista superficial del fenómeno. Se impone, antes que nada, un resumen de la idea central de Marx al respecto.

Marx sabía que la esencia de la relación capitalista era un funcionamiento social en dos polos, en los que uno de ellos, el de los propietarios burgueses, se veía obligado a comportarse de forma que su propiedad monetaria estuviera permanentemente en busca de un incremento cuantitativo de la magnitud de valor encerrada en ese dinero (convertido por eso mismo en capital). La forma básica de ese mecanismo pasaba necesariamente por la conversión del proceso de la producción social en un medio para la obtención de ganancias, y esa mediación sólo era eficaz si se conseguía reproducir las condiciones que hacían del otro polo social, el de los trabajadores, carne de cañón de la explotación. Convirtiendo a los trabajadores en una masa que sólo pudiera tener como medio de vida la venta mercantil de su propia fuerza de trabajo, y como condición de supervivencia el consentimiento de su propia esclavitud y explotación, los capitalistas conseguían extraer de esa masa trabajadora el plusvalor suficiente para hacer crecer normalmente el volumen de la masa de beneficios del sistema.

Todo ello significaba el sometimiento de la clase capitalista a la misma lógica férrea del sistema que encadenaba a los trabajadores: tan criaturas eran unos como otros de los mecanismos impuestos por las fuerzas objetivas de la dinámica del capital. Marx apreciaba mucho el que los economistas clásicos, hasta Ricardo, debido a que, en su lucha contra los restos del régimen feudal, estaban interesados en conocer la verdad objetiva sin tapujos, fueran capaces de captar la esencia del funcionamiento del sistema. Ya para Adam Smith, nos dice Marx, el capitalismo, consistía en una máquina de dos tiempos. En el primer tiempo, se trata de obtener tanto plusvalor como sea posible; en el segundo, de reinvertir la máxima cantidad de plusvalor a fin de que el crecimiento del sistema fuera lo más rápido posible. De la misma forma que la maximización de la explotación es el medio para lo primero, la maximización de la competencia es la garantía de efectividad del segundo paso.

Nótese que, en Marx, ambos pedales de la bicicleta capitalista, las dos patas sobre las que marcha el sistema, no sólo son igualmente importantes sino que deben moverse al unísono y coordinadamente. Si el capitalista individual busca maximizar su capital, en realidad lo que su comportamiento está expresando es la tendencia inherente al sistema a superar cualquier obstáculo que se oponga al máximo crecimiento del capital. Uno de estos obstáculos es que la masa global de plusvalor crece a un ritmo que para cualquier capitalista individual es siempre insuficiente, en la medida en que cada uno de ellos se ve compulsivamente obligado a adelantarse a los demás, para beneficiarse del mercado en vez de dejarse dañar por una evolución desfavorable del mismo. La aparente solución al doble mecanismo capitalista es la mecanización, el sometimiento del trabajador a una cadena cada vez más pesada, como es la potencia técnica con la que el capitalista lo subordina a sus órdenes no sólo a la hora de firmar el contrato de trabajo, sino también a la hora de poner en práctica su actividad laboral, es decir, de convertir su capacidad potencial de trabajo en trabajo efectivamente desarrollado.

Por medio de la *subsunción real* del trabajo al capital, el capitalista desplaza la destreza subjetiva del obrero --el antiguo artesano, convertido cada vez más en un obrero alienado de creatividad y transformado en una pieza más del *sistema automático de máquinas*-- desde el elemento subjetivo de la producción al elemento objetivo de la misma. Ésta es la razón de que la mecanización sea la tendencia básica del sistema: la sustitución del trabajo directo por el trabajo indirecto, convertido y materializado en la forma técnica por excelencia del capital: el *capital fijo*, es decir, la *máquina*.

Lo que no quieren comprender los que se oponen a la explicación marxista de esta contradicción interna del sistema capitalista es lo siguiente. Sea cual sea el valor total de los medios de producción en poder de la clase capitalista, la lucha con los trabajadores les obliga a usar más medios en relación con la fuerza de trabajo directa que los primeros se ven obligados a enfrentar como enemigos de clase. Por consiguiente, dejando a un lado el análisis de las variaciones del precio relativo de los distintos bienes de consumo y de inversión que componen la masa de la producción mercantil del sistema, lo que es obvio es que los capitalistas como clase sólo pueden tener éxito --y el sistema sólo puede ser tildado de un sistema que se reproduce con éxito-- en la medida en que la masa de valor perteneciente a los capitalistas, es decir, el capital global, crezca más rápidamente que la masa de ganancia que ellos mismos son capaces de extraer del plusvalor obrero. La caída de la tasa de ganancia media del sistema no es sino la consecuencia natural del éxito del propio sistema, el índice más sintético de que el sistema marcha correctamente dando un paso tras otro en ordenado compás, siguiendo la pauta característica de la fase expansiva.

Pero la máquina capitalista marcha correctamente hasta que su termostato interno se apaga, y el funcionamiento hasta entonces incesante se troca en interrupción repentina. La secuencia de la temperatura media del sistema invierte su tendencia y el alza se convierte en caída. Marx no es importante en la historia del pensamiento económico por habernos dejado la tendencia descendente de la rentabilidad --que ya se conocía, aunque en versiones aproximadas y mistificadas--, sino por haber comprendido las claves de su funcionamiento y de sus consecuencias. Grossmann, el gran maestro de Mattick, fue el mejor discípulo de Marx en este terreno, y Mattick supo extender el análisis de Marx y Mattick hasta incluir en su propio análisis la comparación entre la explicación que parte de Marx, y la que se limita a repetir, con Keynes, las ideas más anticuadas que arrancan de Smith y Malthus.

c) Grossmann, Keynes y Mattick

Tanta importancia dio Grossmann a las contratendencias que se oponen a la tendencia descendente de la rentabilidad que, si medimos ambas por la extensión relativa que ocupan en su libro más importante (véase Grossmann 1929), no podríamos decir qué es más importante: si la tendencia básica o las contratendencias⁶. Sin embargo, el análisis de Grossmann es inequívoco: "A pesar de la tasa de

⁶ La *ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista* sólo contiene, aparte de la introducción y de las consideraciones finales, tres capítulos, que, en la edición española llevan los siguientes títulos y ocupan las siguientes páginas: 1. "El hundimiento del capitalismo en las exposiciones científicas surgidas hasta la fecha" (pp. 7-53); 2. "La ley del derrumbe" (pp. 54-186); 3. "Contratendencias modificantes: verificación del análisis teórico abstracto en los fenómenos concretos de la realidad capitalista" (pp. 187-373). Como es bien sabido, el capítulo tercero se subdivide en dos grandes apartados --a) "El restablecimiento de la rentabilidad por modificaciones estructurales internas en el mecanismo de los Estados capitalistas"; y b) "El mercado mundial: el restablecimiento de la rentabilidad a través del dominio del mercado mundial; la función económica del imperialismo"--, pero no es éste el lugar adecuado para extendernos sobre el particular.

ganancia declinante, la acumulación prosigue a un ritmo cada vez más acelerado, debido a que el volumen de la acumulación no se desarrolla en proporción al nivel de la tasa de ganancia sino en relación al potencial poseído por el capital ya acumulado" (Grossmann 1929, p. 80), ya que, como señala Marx, "más allá de determinados límites, un gran capital con una tasa pequeña de ganancia acumula con mayor rapidez que un capital pequeño con una gran tasa de ganancia" (Marx 1894, p. 322). Grossmann aclara aun más la cuestión: "La baja de la tasa de ganancia en sí misma constituye un fenómeno que acompaña constantemente a la acumulación en el curso de sus fases sucesivas, incluso acompaña las primeras fases de la misma, es decir, aun aquellas en que se acumula una masa creciente de ganancia y en las que ésta se produce junto con el crecimiento de la parte k , destinada al consumo de la clase capitalista" (Grossmann 1929, p. 83).

La idea de Grossmann, que supone una explicitación y un paso adelante en la clarificación de la teoría marxista del derrumbe y de la crisis ha sido formalizada recientemente por Shaikh (véase un resumen del argumento en Guerrero, 1997), pero lo importante es analizar aquí cómo la misma está presente de forma muy diversa en Keynes y en Mattick. Mattick capta claramente la esencia smithiano-malthusiana de la teoría de Keynes al afirmar que, para éste, "la decreciente escasez de capital, a consecuencia de la decreciente propensión al consumo, es lo que explica la insuficiente demanda y el desempleo en las naciones capitalistas desarrolladas" (Mattick, 1969, p. 229). Dicho de otra manera, puesto que la tasa de ganancia es el beneficio dividido por el capital ($r = B/K$), y, por tanto, $B = r \cdot K$, entonces la evolución en el tiempo de B puede escribirse como:

$$B' = r' + K'$$

y la crisis de sobreacumulación sobreviene cuando $B' = 0$, es decir, cuando:

$$0 = -a + s_c \cdot r,$$

que es lo mismo que afirmar que la crisis tiene lugar en el momento en que:

$$a = s_c \cdot r$$

(siendo a la tasa de variación de r , y s_c la tasa de acumulación de los beneficios, o I/B).

Mattick comprendió perfectamente el argumento de Marx y de Grossmann: "Cuanto menos sea el consumo social con relación al producto social total, mayor será el residuo de plusvalía para fines de acumulación" (p. 61). Por eso mismo, "una parte de la plusvalía debe ser vuelta a transformar en capital variable adicional", y, "para lograr esto se requiere una tasa *acelerada* de expansión del capital" (p. 66). Esto es lo que afirma Marx al escribir que el capital debe crecer "en progresión más acelerada que aquella en que la cuota de ganancia disminuye" (p. 69); o sea, que cuando r está cayendo, s_c tiene que estar creciendo para que el descenso de g se haga a ritmo constante (a constante), pero llega necesariamente un punto en que el descenso de r no puede ser compensado con un nuevo aumento de s_c : "llevada a su 'fin lógico', una expansión de capital en constante aceleración transformaría la disminución relativa de la tasa de beneficio en una declinación absoluta a causa de una falta de plusvalía con respecto a la suma del capital acrecentado. Cuando esto sucede, la realidad corresponde al modelo de expansión de capital de Marx" (p. 70).

Mattick no se limita al plano macroeconómico, sino que traduce la tendencia objetiva en una explicación del comportamiento microeconómico del capitalista individual: "Forzado por la competencia, el capitalista individual debe acumular, aunque sólo sea para conservar el capital que ya posee (...) En el intento de salvaguardar el capital aumentándolo, los capitalistas aceleran el proceso de acumulación" (p. 81). Y, lo que es más importante para el curso de nuestra argumentación, retorna del nivel micro al macro para engarzar finalmente con su discusión del sistema teórico de Keynes⁷: "El único aspecto de la teoría general de la acumulación de capital relevante para la explicación de la crisis es aquel punto en que la plusvalía no puede ser suficientemente aumentada por más tiempo para superar la tendencia decreciente de la tasa de ganancia permitiendo una expansión de capital acelerada. En el mundo real no existe ningún medio para determinar cuándo puede alcanzarse semejante punto. El proceso real de acumulación puede ser retardado y, en realidad, es constantemente retardado por los gastos de capital no productivos, es decir, no rentables, por la destrucción de capital (como durante las guerras) y por las intervenciones políticas en la economía" (pp. 101-102).

Pero la aportación principal del libro de Mattick es la demolidora crítica del modelo keynesiano a partir de las ideas ya apuntadas por el propio Marx. Así, tras recordar lo que éste escribiera sobre el déficit y la deuda públicos⁸, ataca a Keynes por crear la ilusión de que "el gasto deficitario puede ser financiado con los ahorros que él mismo ha engendrado" (...) el concepto del multiplicador crea la ilusión (...) de que cualquier cantidad dada de ingreso adicional puede multiplicarse simplemente al trasladarse de un grupo de ingreso a otro. En realidad, por supuesto, esto no es así (...) No hay multiplicación del ingreso mediante el gasto inicial en sí mismo, aunque puede haber producción de nuevo ingreso; y es solamente en tanto que el gasto original lleva a un aumento de la producción que aquél puede aumentar el ingreso" (pp. 159-160). Y no se trata sólo de la idea del *multiplicador*; también el pretendido crecimiento ininterrumpido,

⁷ En 1978, la explicación ofrecida por Mattick se nos presenta ya de una manera mucho más clara. En su famoso artículo sobre Rosa Luxemburgo puede leerse, por ejemplo, que la teoría de ésta "ha sido en parte reconocida como precursora de la economía keynesiana. Su trabajo lo interpretaron Michael Kalecki y Joan Robinson, por ejemplo, como una teoría de la 'demanda efectiva' (...). R. Luxemburgo pensaba que el imperialismo, el militarismo y la preparación de la guerra facilitaban la realización de la plusvalía transfiriendo poder de compra desde las masas a manos del Estado, de forma equivalente a cómo el keynesianismo moderno se proponía alcanzar el pleno empleo por la vía del déficit presupuestario y de la manipulación monetaria" (Mattick, 1978, p. 99). Y, tras el diagnóstico, está muy clara la explicación de las insuficiencias de este análisis: "Sin embargo, aunque es ciertamente posible, por un tiempo, alcanzar el pleno empleo de esta manera, no es posible mantener un estado de gracia de este tipo, ya que las leyes de funcionamiento de la producción de capital exigen, no una distribución diferente de la plusvalía sino más bien su aumento constante. La insuficiencia de la demanda efectiva sólo es otro nombre para la insuficiencia de la acumulación, ya que sólo la expansión del capital puede generar la demanda capaz de engendrar la prosperidad. En todo caso, la quiebra actual del keynesianismo nos evita tener que atacarlo en el plano teórico. Basta con darse cuenta de que actualmente el aumento simultáneo e irremediable del paro y de la inflación es una prueba suficiente" (ibidem).

⁸ A saber: "Los empréstitos permiten a los gobiernos hacer frente a gastos extraordinarios sin que el contribuyente se dé cuenta de momento, pero provocan a la larga, un recargo en los tributos. A su vez, el recargo de impuestos que trae consigo la acumulación de las deudas contraídas sucesivamente obliga al gobierno a emitir nuevos empréstitos, en cuanto se presentan nuevos gastos extraordinarios. El sistema fiscal moderno, que gira todo él en torno a los impuestos sobre los artículos de primera necesidad (y por lo tanto a su encarecimiento) lleva en sí mismo, como se ve, el resorte propulsor de su progresión automática" (en Mattick, 1969, p. 157).

basado en el *crédito*, es una idea "engañosa", puesto que "el mecanismo de crédito que protege a la producción aumentada se basa en ganancias futuras, que pueden materializarse o no" (p. 192).

En realidad, el análisis de Keynes es "ambivalente". Por una parte, hay "un elemento de redistribución del ingreso porque canaliza fondos hacia esferas de la producción no lucrativas", de forma que "de la producción total aumentada --incluyendo la lucrativa y la no lucrativa-- una porción mayor cae ahora, como antes, en la esfera del consumo (...) Tal como el consumo en general, el 'consumo público' no añade nada a la formación de capital" (pp. 160-161). Ésta es la razón de que, al detener la propensión a la aceleración de la acumulación, y retardar la alocada carrera competitiva, la intervención estatal suponga, a corto plazo, una efectiva contratendencia de la tendencia hacia la crisis, puesto que "en vez de ser capitalizada, una parte creciente de la ganancia social se disipa en gasto adicional del gobierno" (pp. 161-163).

Pero en el largo plazo, los efectos benéficos del corto plazo, se tornan efectos malignos, sobre todo debido a que "aumenta la deuda pública"; y puesto que "los costos de la deuda, esto es, los intereses pagados a los poseedores de bonos, deben salir de las ganancias del relativamente decreciente sector privado de la economía", e incluso podrá "llegar un día en que el sector no lucrativo sobrepase al sector lucrativo y por lo tanto ponga en peligro la existencia de este último" (pp. 161-164). La conclusión es, pues, clara: "Debe haber un límite a la expansión de la parte no lucrativa de la economía", y "cuando se alcance ese límite, el financiamiento por déficit y la financiación inducida por el gobierno (...) debe terminar. *La solución keynesiana se revelará entonces como una seudosolución, capaz de posponer pero no de impedir el curso contradictorio de la acumulación de capital, tal como lo predijo Marx*" (p. 161-164; cursiva mía: D. G.)⁹.

La importancia de este análisis no estriba tan sólo en el hecho de tratarse de una de las predicciones más notables hechas por quienes se esfuerzan por desarrollar el análisis económico realista y objetivo más allá de donde lo dejara Marx¹⁰. Radica sobre todo en la fuerza del argumento empleado y en la completa destrucción del análisis keynesiano llevado a cabo por Mattick.

d) La fuerza del idealismo keynesiano

Es muy bien conocida la cita de Keynes sobre la tremenda fuerza de las ideas, pero no está de más repetirla una vez más: "las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto (...) Estoy seguro que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas" (1936, p. 337). Mattick no puede dejar de criticar esta expresión de idealismo sobre una base analítica que da más importancia a lo que ocurre en la realidad social que a sus manifestaciones en la conciencia de la sociedad. Pero esto nos permite retornar ahora al tema con el empezábamos este ensayo, enfocándolo esta vez desde el punto de vista de hasta qué punto el idealismo de la izquierda europea contemporánea comparte con el idealismo liberal de Keynes la creencia de que son las ideas y las políticas gubernamentales --todo ello, parte de la superestructura que se levanta sobre la base de las relaciones sociales profundas-- las auténticas fuerzas motoras de la historia.

Mattick comienza reconociendo que, por supuesto, según el punto de vista keynesiano, "el regreso de las depresiones se debe al fracaso del gobierno en aplicar los remedios keynesianos con suficiente resolución" (p. 165). En esto, Mattick es capaz de adivinar, con treinta años de adelanto, lo que terminaría por ser la posición convencional de la izquierda actual: "La economía keynesiana tiene dos alas, una conservadora y otra radical (...) Los keynesianos 'radicales' parecen considerar al gobierno como a una fuerza independiente y neutral, preocupada solamente por el bienestar de la sociedad (véase una crítica de la idea del *Estado del bienestar*, y su correspondiente aplicación empírica al caso español en Guerrero y Díaz 1997/8) y poseedora de la habilidad para tomar medidas apropiadas para obtener este fin"; sin embargo, desde el punto de vista materialista, el análisis de la realidad capitalista nos debe llevar a la conclusión de que "el gobierno no tiene ninguna intención de alterar las relaciones sociales existentes y, por esta razón, no instituirá el grado de 'socialización' necesario para realizar el 'radical' sueño keynesiano" (p. 165).

El propio Mattick contribuye a desmitificar a los apologistas del llamado Estado del bienestar, a quienes se les cae la baba recordando las glorias de los buenos viejos tiempos previos a la usurpación neoliberal: "Las medidas del bienestar social tales como el seguro del desempleo, seguro de vejez y seguro de salud son también acreditados al espíritu keynesiano (...) por más que muchos de ellos fueron instituidos en la economía de *laissez-faire* prekeynesiana. Estas medidas no tienen nada que ver con ninguna clase de redistribución del ingreso, aun cuando en algunos países hay intereses especiales que todavía las combaten como políticas anticapitalistas. Estas medidas son 'sociales' solamente en tanto que son legisladas y, por ello, apoyan la tendencia general hacia un creciente control gubernamental de la vida social. No aumentan el ingreso de los trabajadores; porque los trabajadores pagan mucho más en impuestos y contribuciones a los diversos fondos de bienestar de lo que se gasta con fines de bienestar público" (p. 167).

Importante es también la crítica de Mattick a los utópicos que creen que la reducción del tiempo de trabajo en condiciones capitalistas basta para solucionar el problema del desempleo, ya que "una reducción del tiempo de trabajo que perjudique a la necesaria relación entre la plusvalía y el capital no es compatible con la producción capitalista" (p. 190). En cambio, "si no fuera por las relaciones capitalistas de producción, el crecimiento de la riqueza social se caracterizaría por una constante reducción del tiempo de trabajo directo, y la riqueza de la sociedad se 'mediría' no por el tiempo de trabajo sino por el tiempo libre" (p. 191).

Por otra parte, es bueno comparar lo que pensaba Mattick sobre las recetas keynesianas aplicadas a las economías capitalistas puras con lo que pensaba de su aplicación al capitalismo de Estado de las economías del llamado *socialismo real*: para empezar, "no hay nada en el sistema keynesiano que pueda excluir su aplicación en un sistema de capitalismo de Estado, o de socialismo de Estado" (p. 247). Es más: "Aunque llevadas adelante en nombre de Marx, las revoluciones de capitalismo de Estado serían mejor definidas como 'revoluciones keynesianas' (...) el sistema de capitalismo de Estado puede ser considerado como keynesianismo en su forma más consistente y

⁹ Otra cita en el mismo sentido: "Como los límites de la producción privada de ganancias son también los límites de la producción inducida por el gobierno, esta última se vuelve menos efectiva a medida que aumenta. Una economía mixta próspera puede ser considerada, por lo tanto, una etapa temporal, o una condición transitoria entre el *laissez-faire* y el capitalismo de Estado" (p. 188).

¹⁰ Otras anticipaciones notables: Itoh (1990) sobre la crisis de la economía japonesa, cuya industria ha producido menos en 1998 que en 1989, o (me atrevo a augurar) Moseley (1999).

desarrollada (... Por eso,) ya durante la Gran Depresión, el presidente Roosevelt comprendió 'que lo que estamos haciendo en los Estados Unidos son algunas de las cosas que se hacen la URSS e incluso algunas de las cosas que se hacen en Alemania bajo Hitler. Pero nosotros lo hacemos en forma ordenada'" (pp. 273-275).

El análisis de Mattick al respecto es bien conocido: en los sistemas de socialismo de Estado "la institución del capitalismo de Estado no tenía la función de abolir la clase proletaria sino de ayudar a su rápida formación y por lo tanto a la formación de capital " (p. 322). Por el contrario, el auténtico socialismo "solamente es concebible como una revolución hecha por la clase trabajadora que termine con las relaciones de clases sociales" (p. 323). Por eso, se muestra plenamente de acuerdo con Rubel cuando éste concluye que "lo que Marx --y antes que él, en 1843, Flora Tristán-- formuló en una sola proposición, a saber, que 'la emancipación de la clase trabajadora debe ser conquistada por la misma clase trabajadora', sigue siendo el postulado implícito en todo el pensamiento socialista genuino" (en *ibid.*).

Pero volviendo al capitalismo de mercado: "el keynesianismo ha sido el 'salvador' del capitalismo, aun cuando por su propia naturaleza y por la naturaleza del capitalismo, puede ser sólo una ventaja temporal (...) la continua aplicación del keynesianismo implica la autodestrucción de la producción de capital. El optimismo de la 'nueva economía' simplemente confunde la postergación de un problema con su desaparición (...) el sufrimiento que aguarda a la población del mundo irá mucho más allá de todo lo experimentado hasta ahora, y que eventualmente alcanzará incluso a la minoría privilegiada de trabajadores en los países industrialmente avanzados, que todavía se consideran inmunes a las consecuencias de sus propias actividades" (p. 325).

Que se escribiera esto en 1969 es especialmente significativo en un país, como los Estados Unidos, que ha visto cómo desde entonces el salario real de sus trabajadores de producción no ha hecho sino mantenerse al mismo nivel, o incluso descender, por más de treinta años. Igualmente significativa nos parece la rebeldía que muestra Mattick ante los intentos de tantos modernos dispuestos a encontrar signos de cambios *revolucionarios* a la menor ocasión, con tal de que tales cambios nos impidan aplicar el otrora válido análisis de Marx. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con la "artificial" distinción "entre la 'clase trabajadora clásica', esto es, el proletariado industrial en el sentido marxista, y la moderna población trabajadora". A Mattick, esta distinción le parece artificial "porque lo que diferencia al proletariado de la burguesía no es un conjunto particular de ocupaciones, sino la falta de control de los primeros sobre su existencia, que resulta de su falta de control sobre los medios de producción. Aun si actualmente hay más trabajadores ocupados en industrias no productivas, llamadas de servicios, su posición social con respecto a los capitalistas sigue inalterada" (p. 327)¹¹.

2. Terciarización y trabajo improductivo

El libro de Mattick prácticamente termina con la cita anterior, pues sólo hay seis párrafos después del que contiene la última cita. Y precisamente ahí es donde queremos arrancar para desarrollar la segunda parte de nuestro trabajo. Pues, en nuestra opinión, la izquierda social y política está desorientada en todo pero quizás especialmente en el tratamiento teórico que suele darle a cuestiones de relevancia tan grande como las que se encierran en el título de este epígrafe. Mattick tiene razón respecto a que la posición social de los trabajadores de los servicios resulta inalterada respecto a la de los trabajadores del sector industrial, pero su propia cita da a entender que también él ha caído en una comprensión insuficiente del método que Marx aplicara a la cuestión del trabajo productivo e improductivo de plusvalía.

Hasta los estudios marxistas más serios se equivocan, en mi opinión, en torno a estas dos cuestiones interrelacionadas. Ni es verdad que el trabajo improductivo tienda a crecer en términos relativos ni tampoco es cierto que el evidente proceso de terciarización de las economías capitalistas desarrolladas ponga en peligro por sí misma la senda de crecimiento a largo plazo potencialmente alcanzable por esas economías. Lo que voy a defender a continuación es precisamente la tesis doblemente contraria:

- 1) el trabajo productivo crece a costa del improductivo;
- 2) la terciarización es más el resultado de, que un obstáculo para, el crecimiento;

¹¹ Ciertas tendencias estructurales en la evolución del capitalismo prevista por Marx son fáciles de medir, y ofrecen pocas dudas a quienes quieran contrastarlas en la realidad fáctica sin ninguna pretensión de ocultar la realidad. Esto ocurre, por ejemplo, con la tendencia a la *proletarización* o asalariación creciente de la población activa. Si dispusiéramos de datos globales para la economía mundial, esta evolución sería aun más evidente¹¹, pero podemos unir los datos proporcionados por Mandel a los que ofrece muy recientemente Brunet (1999) para construir la tabla 1, en la que se observa esa evolución para algunos de los principales países capitalistas en los últimos 70 años:

Tabla 1. Grado de proletarización de la fuerza de trabajo, en países y años seleccionados

PAÍS	1930-40	1974	1997
Estados Unidos	78.2 (1939)	91.5	91.5
Japón	41.0 (1936)	72.6	80.8
Alemania	69.7 (1939)	84.5 (RFA)	90.7
Reino Unido	88.1 (1931)	92.3	87.3
Francia	57.2 (1936)	81.3	87.6
Italia	51.6 (1936)	72.6	74.7
Canadá	66.7 (1941)	89.2	--
Bélgica	65.2 (1930)	84.5	83.6
Suecia	70.1 (1940)	91.0	94.7
España	52.0 (1954*)	68.4	78.5
Europa-15	--	--	84.3
Media simple (sin Canadá) (8 países)	65.1	83.2	86.4

[Fuente: Mandel (1976/1981), p. 133, basándose en Mandel (1962); Brunet (1999), cuadro 14.1. p.640; y elaboración propia [se trata de los asalariados más los parados como porcentaje de la población económicamente activa, por lo que los datos no coinciden con los del cuadro que ofrece Brunet (1999), que recoge sólo los asalariados como porcentaje de la población ocupada]]

3) sin embargo, nada de lo anterior significa que la tendencia del sistema hacia su propio hundimiento se vea alterada por alguna de esas dos novedades o por ninguna clase de combinación entre ambos fenómenos. Más bien, lo contrario es cierto.

a) Trabajo productivo y trabajo improductivo

La más reciente y seria literatura marxista anglosajona sobre estas materias (Shaikh y Tonak 1994, Moseley, etc.) ha presentado rasgos comunes que tienden a considerar serias limitaciones para un correcto entendimiento del planteamiento marxiano moderno de la cuestión. Por una parte, se ha desconocido la literatura que no está expresada en inglés (o incluso, estando en inglés, procede de países considerados al margen de las grandes tendencias de pensamiento), y, en segundo lugar, se ha atendido demasiado a la literalidad de ciertas expresiones de Marx, más que buscar llegar al espíritu de su teoría sobre el particular, en íntima conexión con la coherencia de este aspecto particular de su teoría con el resto de su obra analítica.

En cuanto a lo primero, llevo años insistiendo en cierta literatura francesa (véase Delaunay, Bidet y, sobre todo, Nagels) o incluso inglesa pero procedente de países periféricos (como el libro de la húngara A. Burger 1970). Lógicamente, unas insistencias hechas en español (véase Guerrero 1990, o el capítulo sobre el tema en Guerrero 1997) no pueden aspirar a tener un alcance más extenso que el que ha deparado la literatura a estas obras francesas e inglesas desconocidas para la gran tradición. Me voy a detener especialmente, sin embargo, en la aportación del belga Jacques Nagels, pues su estudio sobre los conceptos de trabajo productivo y de trabajo colectivo en Marx deberían ser de referencia obligada para todos los estudiosos del tema. Además, un aspecto particular tocado por Nagels, el del trabajo de la *producción que se desarrolla en el seno de la circulación*, tiene especialmente que ver con la segunda limitación a la que me he referido más arriba, en relación con la literalidad y la interpretación de ciertos pasajes de Marx.

El gran mérito de Nagels es haber distinguido como nadie (después de Marx) entre el trabajo de circulación *pura* y el trabajo que se desarrolla en los supuestos lugares clásicos de la circulación, que para casi todos los marxistas se identifican (si no siempre en la teoría, al menos sí en la práctica) con las ramas o actividades del comercio y las finanzas. Lo que estos marxistas parecen olvidar, sin embargo, es que la actividad laboral desarrollada en los ramas comerciales y financieras no tienen más relación con la circulación de las mercancías que la que pueda tener la que se lleva a cabo en todas y cada una de las demás ramas productivas. Yo creo que el origen de esta tradición se remonta al propio Marx, que en su explicación del origen histórico del modo de producción capitalista, usó tres esquemas distintos para representar el esquema de funcionamiento correspondiente con tres etapas diferentes de la sociedad capitalista. Estos tres esquemas son bien conocidos:

$$\begin{array}{l} D-D' \quad (1) \\ D-M-D' \quad (2) \\ D-M (MP, FT) \dots P \dots M' - D' \quad (3), \end{array}$$

y representan, respectivamente, la actividad del capital usurario o *financiero*, del capital comercial o *mercantil*, y, finalmente, del capital *productivo* o industrial.

En mi opinión, la utilidad de estos esquemas está fuera de toda duda, y la explicación histórica que ofrece Marx por medio de los mismos es una magistral exposición sintética de las grandes diferencias que separan el comportamiento típico de los protagonistas capitalistas de cada una de estas tres etapas. Sin embargo, modernamente, lo que domina en nuestras sociedades capitalistas es, como muy bien sabía Marx, el capital productivo, razón por la cual él consideraba, por ejemplo, que la agricultura se había convertido en una industria más, o razón por la cual no tendría ningún inconveniente, según la mayoría de los marxistas, en considerar las actividades terciarias como lugares adicionales donde se llevan (o pueden llevarse) a cabo procesos de producción de tipo capitalista, y de la misma naturaleza que los desarrollados en la esfera industrial.

Sin embargo, el estigma de la *improductividad* pesa como una losa sobre las ramas industriales actuales que siguen figurando en los esquemas interpretativos de los autores actuales como representantes, no del esquema (3) sino de los esquemas (1) y (2), acriticamente identificados con las ramas donde se lleva a cabo el trabajo improductivo por excelencia. Autores que han aguzado mucho en la lectura de lo que Marx escribiera sobre estas cuestiones (fijémonos sólo en Shaikh y Tonak 1994, Moseley 1993 o Delaunay 1984), y que han hecho matices increíblemente sagaces en la interpretación de la actividad puesta en práctica en campos muy concretos y particulares de actividad, terminan a la hora de la verdad --es decir, en el momento de llevar las definiciones teóricas al terreno de la medición empírica-- por suponer que *todo* el comercio y *todas* las finanzas se llevan a cabo por trabajadores que realizan trabajo improductivo de plusvalía y que simplemente reciben, mediante una redistribución procedente del auténtico sector productivo, una parte del valor generado en este último.

En mi opinión, esto equivale a malinterpretar a Marx, a confundir la circulación en el sentido económico con la circulación en el sentido físico, y, finalmente, a remplazar la teoría de Marx con la los clásicos (mucho menos desarrollada también en este terreno). Para Marx, la circulación es un momento necesario en el ciclo de todo productor capitalista, ya que cualquiera de ellos se ve obligado a detener la producción en tanto se necesita tiempo para vender la mercancía producida y realizar así de forma efectiva para él, la conversión en dinero de su capital mercantil. No olvidemos que toda la producción no es, para el capitalista, sino un simple medio para la valorización de su capital; y sin realización monetaria de las mercancías no hay valorización auténtica. Todo capitalista ve como se le escapan por sus poros circulatorios cierta porción del trabajo que puede extraer de sus obreros, e intenta, claro está, reducir a un mínimo la magnitud absoluta y relativa de esos escapes o fugas de trabajo, ya que una parte de los mismos, como los de cualquier trabajo realizado en condiciones capitalistas, son el origen (la plusvalía) de donde él obtiene sus beneficios.

El que cada capitalista desee llevar el tiempo de la circulación a un mínimo no debe llevarnos a tratarla como un fenómeno distinto de la producción, al menos en el sentido de que también el capitalista tiene el máximo interés en reducir al mínimo el tiempo de producción, tiempo que, sumado al de circulación, forma el tiempo total del circuito individual y social del capital. El reciente ejemplo de las *bandas magnéticas* que muy recientemente ha salido a la luz pública es una clara ilustración de cómo la innovación técnica capitalista se dirige a ahorrar costes, es decir, tiempo de trabajo, tanto en el terreno de la producción como de la circulación (poniendo así en peligro el puesto de trabajo de miles de cajeras en los grandes supermercados y superficies comerciales de todo tipo). Pero sirve de paso para tornar nuestra atención a qué es lo que sucede de hecho en el interior de las industrias dedicadas al comercio de mercancías y de dinero.

Obsérvese cualquier establecimiento comercial, pequeño o grande. La inmensa mayor parte del trabajo allí realizado consiste en actividades de producción. Si seguimos la secuencia lógica que corresponde con el recorrido real de las mercancías, se trata en primer lugar de descargar los camiones y *containers* repletos de nuevos productos que habrá que vender. Estas mercancías se apilan primero en los depósitos masivos que quedan ocultos a la visión del público consumidor. Más tarde, las mercancías apiladas se distribuyen a lo largo y ancho de la superficie comercial por medios de actividades de transporte y colocación de las unidades correspondientes en cada una de las estanterías o localizaciones en las que están accesibles para el consumidor. Frecuentemente, estas actividades conllevan otras asociadas de reparación, mantenimiento, de fabricación incluso de ciertos componentes de la masa de mercancías en venta, y todas éstas serían consideradas actividades productivas si estuvieran realizadas en el interior de cualquier factoría o planta industrial donde se llevan a cabo el mismo tipo de actividades.

O volvamos la vista a la planta industrial típica: ¿es que acaso no se pasa por los mismos pasos de obtención de las materias primas, de apilamiento, almacenamiento, manipulación, transporte hasta el lugar correspondiente donde la máquina lleva a cabo su trabajo, nuevo desplazamiento hasta el almacén, nueva circulación hacia el exterior de la planta y hasta donde vuelve a comenzar la actividad de transporte propiamente dicha?

Vayamos, por último, al ámbito financiero. Este sector industrial, por mucho que se abuse del hilo musical y de los *sprays* bienolientes en sus oficinas, no puede evitar el olor a azufre que le ha impregnado para siempre la satanización que ha sufrido de la mano de ciertos marxistas más deseosos de hacer propaganda política al servicio de no se sabe qué intereses que de desarrollar la labor teórica que Marx dejara inacabada. Para muchos izquierdistas, lo malo del capitalismo es el capital *financiero y rentista*, más que el productivo capital industrial. Muchos parecen reducir la especulación al ámbito de las finanzas (o, como mucho, también del comercio) cuando especular significa simplemente comprar barato y vender caro. Pero, ¿qué otra cosa hace el capitalista industrial, que, tras comprar barato --eso sí, pagando por sus insumos, incluido el trabajo, el valor que a la sociedad le cuesta reproducirlos--, vender caro el producto del proceso de producción, gracias a la actividad laboral desarrollada en el interior de su empresa que hace posible, no sólo que se transmita el valor de los medios de producción al producto, sino que se incorpore al mismo el trabajo nuevo creado (con su plusvalor incluido) por los trabajadores directamente a su servicio?

Ninguna rama comercial o bancaria podría subsistir sin sus correspondientes procesos laborales o de producción. Lo único que hacen los trabajadores de estos sectores es llevar a cabo procesos de producción particulares, pero no muy distintos del que se desarrollan en otras actividades de servicios, o incluso industriales. ¿Acaso porque el trabajo de un minero sea más duro físicamente que el del empleado de una hidroeléctrica, es imposible que se le extraiga más plusvalía al último que al primero? ¿Acaso la producción de oro no es como la producción de cobre o de cualquier otro producto de origen minero? Por el hecho de que ese oro se convierta en dinero, ¿cambia algo la naturaleza productiva de plusvalía de quienes participan en esa cadena de producción? Pero pasemos del dinero analizado por los clásicos y por Marx --el dinero *metálico*-- a la forma normal del dinero contemporáneo: el dinero *crediticio*.

¿Qué hace un trabajador bancario sino crear por medio de su trabajo colectivo el tipo de mercancía que la sociedad usa como dinero en sustitución de las piezas áureas o metálicas de antaño? ¿Y dejan por ello estos *mineros del oro informático* de ser creadores de plusvalía para sus banqueros? En absoluto. Toda la actividad laboral desempeñada en el sector bancario tiene un objetivo fundamental, que es, en primer lugar, producir y mantener vivo el saldo de dinero crediticio (los pasivos del sistema financiero global) que la sociedad usa hoy como dinero, al igual que antaño usaba el montón de monedas de oro. En segundo lugar, los bancos venden, gracias a sus empleados, una serie de servicios o mercancías por los que cobran sus correspondientes precios (que en esta esfera suelen llamarse *comisiones*). Si el banco nos transfiere dinero a otra plaza, nos cobra un precio igual que nos lo cobraría la aparentemente más productiva oficina de correos o de mensajería que no haría sino exactamente lo mismo. Cuando nos guarda y nos gestiona acciones u otras formas financieras de patrimonio, nos cobra otro precio igual que nos cobran otras agencias y gestorías del tipo más diverso por el desempeño de su actividad; y así sucesivamente...

Este nuevo enfoque de la teoría marxista del trabajo productivo e improductivo tiene importantes consecuencias para el conjunto de a teoría económica, y no sólo económica, de inspiración marxiana. Piénsese, por ejemplo, en la teoría del dinero. Claus Magno Germer (véase Germer 1998) está prácticamente solo entre los marxistas defendiendo la idea de que no se necesita renunciar al oro como dinero en una economía capitalista desarrollada como la actual, y que los cambios ocurridos en el sector financiero en el último siglo (o siglo y medio) no significan que no necesitemos una mercancía que haga el papel del dinero. Germer defiende el *dinero-mercancía* cuando la mayor parte de los marxistas se han pasado a las teorías no marxistas de que el dinero ya no necesita ser una mercancía. Todo ello ocurre porque no se dan cuenta de un aspecto particular del fetichismo de la mercancía, ese sentido *escocés* del fetichismo que Marx denunciara en Smith --injustamente en mi opinión (véase Guerrero 1994)-- que lleva a algunos a reducir las mercancías a las mercancías tangibles, y dejar fuera de su ámbito a las mercancías consistentes en servicios (o sea, en pura actividad laboral).

Lo que los trabajadores bancarios de hoy en día producen, mediante sus anotaciones contables, su tecleado de ordenador, su dominio del software bancario, no es sino la mercancía *dinero crediticio*, una más de las muchas mercancías que se venden en el amplio mercado universal. Toda la actividad adicional no es sino un conjunto de actividades preparatorias, incluida la extensión de nuevo crédito a los clientes del banco (particulares, empresas o gobiernos), imprescindibles para que esa mercancía especial que es el dinero pueda ser producidas en condiciones de reproducción social capitalista. No hacen, por tanto, nada más, ni nada menos que sus colegas del resto de la industria, y no pueden ser considerados, por consiguiente, menos productivos de plusvalía que aquéllos.

Por supuesto, también en el comercio y en la banca hay que realizar actividades de circulación. ¿De qué le serviría a una empresa siderúrgica todo el acero producido si no fuera capaz de venderlo? ¿De qué le serviría venderlo si no fuera capaz de cobrar por él el dinero correspondiente, o no hubiera un departamento de ventas encargado de contabilizar quién es el cliente que debe recibir la factura en el momento y lugar convenientes? Pues exactamente igual ocurre en las industrias comercial y bancaria. ¿De que le serviría al comercio toda su actividad de producción si no se encargaran las cajas de cobrar en metálico o de cargar el debe de las cuentas bancarias de sus clientes? ¿Qué utilidad tendría la producción de dinero por los trabajadores productivos bancarios si no se encargara el departamento de

ventas de pasar al cobro los recibos correspondientes a cada vencimiento de un crédito, o el departamento de morosos de identificar a quien no paga, impidiendo así la realización de la mercancía vendida por el banco?

La anterior concepción tampoco deja de tener una influencia potencial en la crítica de las interpretaciones sociológicas tradicionales de la izquierda política. Todo este capitalismo globalizado, neoliberal, mundializado, toda la economía de casino que es una burbuja especulativa financiera llevada a su máximo volumen, se presenta como el resultado de un cambio fundamental en el funcionamiento del sistema, donde lo financiero predomina cada vez más en relación con las actividades de producción, y donde, en una tendencia más amplia aún, lo que estamos viviendo no es sino un proceso de terciarización que nos lleva (supuestamente) de la sociedad industrial capitalista a la sociedad postindustrial de los servicios.

3. Los servicios y el crecimiento económico a largo plazo

Las teorías convencionales del crecimiento económico nos tienen tan acostumbrados a tratar del crecimiento *potencial*, *óptimo* o *máximo*, a preguntarnos por el crecimiento de *equilibrio* o/y de *pleno empleo* de la economía, o a utilizar tasas *garantizadas* o *naturales* de crecimiento, que apenas si nos dejan tiempo para interesarnos por el crecimiento *efectivo* de las economías reales. Este interés por el crecimiento efectivo que mostraremos en este artículo debe interpretarse como una remisión a la investigación empírica que, sin embargo, no significa una renuncia a los postulados teóricos sino una determinada manera de enfocar la disciplina científica. Dentro del amplio campo abarcado por las cuestiones del crecimiento económico a largo plazo (perspectiva secular), voy a centrarme aquí en unas pocas tan sólo, que pueden resumirse así:

1. De acuerdo con la historia pasada del capitalismo, ¿qué crece más deprisa: los bienes o los servicios? Y dentro de los bienes, ¿qué tipo de bienes se incrementa más rápidamente: los de capital o los de consumo?

2. Por otra parte, ¿qué tienen que ver las dos preguntas anteriores con la cuestión del crecimiento económico a largo plazo? O, más exactamente, ¿cómo afecta el supuestamente desigual ritmo de crecimiento de las diferentes tipos de mercancías citados a la tasa de crecimiento a largo plazo de las economías capitalistas?

Cualquier intento de respuesta definitiva a estas preguntas haría bien en tener en cuenta las siguientes reflexiones preliminares:

1. El término *terciarización*, que hace referencia al peso creciente del sector terciario, o de servicios, en el empleo y en el PIB de las economías, especialmente de las economías más desarrolladas, parece sugerir una fácil respuesta a la primera pregunta, en el sentido de un mayor crecimiento a largo plazo de los servicios. Sin embargo, como es bien conocido, podría ser que la terciarización se debiera exclusivamente a un simple crecimiento en el precio relativo de los servicios, de forma que la relación entre cantidades de bienes y cantidades de servicios se mantuviera constante, o incluso aumentara a favor de los bienes. Por otra parte, con independencia de cómo evolucionara este cociente global, tendría también interés conocer la evolución de la relación entre los servicios y diferentes cantidades de bienes, en particular en relación con la pareja bienes agrícolas-bienes industriales, y también con la pareja bienes de consumo-bienes de capital. Podría suceder que la proporción entre bienes y servicios se mantuviera constante, pero disminuyera la relación bienes primarios/servicios al mismo tiempo que aumentara el cociente bienes industriales/servicios.

2. Más importancia tiene, en mi opinión, la otra cuestión. Es decir, de la relación de desigualdad
 tasa de crecimiento a largo plazo de los bienes de capital >
 > tasa de crecimiento de los bienes de consumo >
 > tasa de crecimiento de los servicios,

el aspecto más relevante no es que los bienes crezcan más deprisa que los servicios --aunque esto contribuya a decepcionar a quienes cantan alabanzas de la *sociedad de servicios*-- sino que los bienes de capital tengan una tasa más elevada de crecimiento que los demás bienes y servicios, porque eso significa dos cosas que tendrán un protagonismo importante en los argumentos que se desarrollarán en este trabajo:

a) significa, en primer lugar, que el capital y la inversión crecen más deprisa que la producción, los salarios y los beneficios, provocando una tendencia en la dinámica de la rentabilidad que tiene una importancia decisiva en la evolución de la acumulación del capital y del crecimiento a largo plazo;

b) significa, además, que la terciarización monetaria --pero no real-- de la economía puede encontrar su explicación en el crecimiento diferencial de los bienes de capital en el sector de servicios finales, que experimenta un comportamiento diferenciado en términos de productividad, de precios y de tasas de crecimiento a largo plazo respecto a los demás sectores --agricultura, industria y servicios intermedios-- precisamente por esta razón.

Espero que al final de este largo epígrafe el lector pueda pensar que ha comprendido mejor el porqué de algunas de estas tendencias, o cuando menos haya encontrado indicaciones sugerentes de por dónde debe discurrir la reflexión sobre las mismas. Para ello, se articula su exposición en torno a tres secciones. En la primera, se analizan los diversos argumentos utilizados en defensa de la tesis de la perversidad de los servicios y de la terciarización. En la segunda, se investigan las razones de los defensores de la tesis opuesta, que ven en la terciarización la llave de acceso a la sociedad *postmoderna*, donde los humos y sudores de la sociedad industrial dan paso a la limpia y bonita sociedad *postindustrial*. En la tercera sección, se estudia el proceso de crecimiento del empleo terciario como un resultado natural de la industrialización y de la acumulación capitalista, y se intenta profundizar en la dinámica general de esta acumulación de capital.

3.a. Amenazas y peligros de la terciarización

El cargo principal contra el proceso de terciarización se basa en su (supuesto) papel de freno del crecimiento económico. Dicho papel se argumenta de formas diversas, pero el resultado de la discusión --ese efecto negativo para el crecimiento que supondría la terciarización-- coincide en todos los casos, incluso cuando los defensores de esta tesis son perfectamente conscientes de que en la práctica pueden ir unidos períodos de rápida terciarización y rápido crecimiento, como ocurrió en la llamada *edad de oro del crecimiento*, en las décadas posteriores a

la segunda guerra mundial. En esta sección analizaremos tres formas distintas de esta tesis (apartados **a**, **b** y **c**), sin detenernos en un argumento que se utiliza de forma creciente contra los servicios (y, por extensión, contra la terciarización): la acusación de comportamiento monopolista¹² e inflacionista, y, por tanto, contrario a las exigencias de competitividad nacional en un mundo cada día más mundializado y globalizado.

a) La primera y más antigua versión de la tesis de la contribución negativa del sector terciario al crecimiento a largo plazo de la economía puede encontrarse en los primeros autores que se ocuparon del concepto de *sector terciario* (véase Clark, 1940, Fourastié, 1963), aunque también es cierto que entre ellos se encuentran defensores de la tesis contraria¹³, o que la citada tesis se sigue encontrando en los planteamientos más actuales¹⁴. C. Clark, autor de una bien conocida definición de industria¹⁵, identifica a ésta con la gran escala de

¹² La mala imagen del monopolio para la Economía convencional del Bienestar se proyecta íntegramente sobre los servicios como consecuencia de ser éste un sector mucho más cerrado a la competencia mundial que lo que sucede en el caso de los sectores productores de bienes, hasta el punto de que la teoría del comercio internacional, cuando distingue entre bienes comerciables y bienes no comerciables, identifica normalmente los segundos con los servicios. Esta impermeabilidad a la competencia extranjera dota supuestamente al sector servicios de un poder de mercado o de monopolio que le permite elevar los precios por encima de los costes, contribuyendo así a la dinámica inflacionista como si se tratara del típico monopolio (en realidad, esto se aplica a cualquier otra empresa que no sea de competencia perfecta) que menoscaba el bienestar general vendiendo más caro y menos cantidad que la empresa "competitiva". En otro lugar (véase Guerrero, 1995, 1996) he combatido este argumento en el contexto de una discusión general de la idea de competitividad, pero conviene aclarar mejor cuáles son las razones a favor y en contra de la idea del doble efecto perverso del monopolio porque son éstas también las razones que pueden darse a favor o en contra de la tesis de que el (crecimiento del) sector servicios supone una amenaza para el crecimiento a largo plazo de las economías. Según el enfoque tradicional, la empresa monopolista produce una cantidad inferior, y lo hace a un precio superior, que en competencia perfecta. Pero según el enfoque dinámico de la competencia, esto no es necesariamente así: si la empresa monopolista no tiene los mismos costes que la de competencia perfecta -- y no hay razón alguna para que sean idénticos--, la situación puede ser la de la figura 1(b) en vez de la 1(a), con lo que se derrumbaría de un golpe la enorme cantidad de literatura sobre los efectos perniciosos del monopolio en términos de Economía del bienestar.

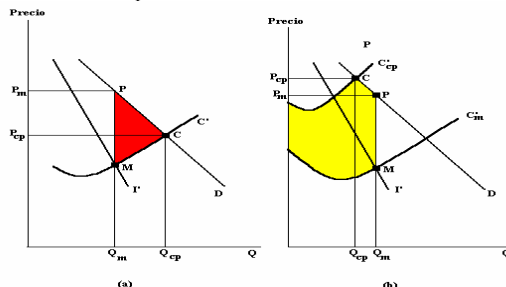
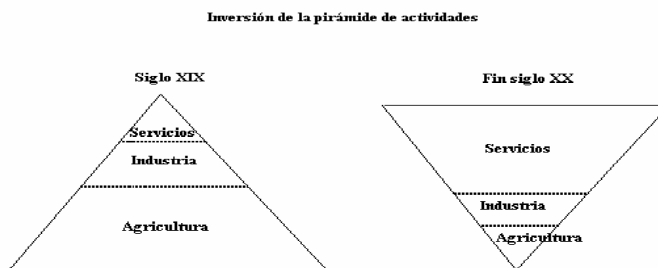


Figura 1: Dos interpretaciones del monopolio:
(a) convencional; (b) dinámica.

¹³ Así, A. G. B. Fisher, que parece haber sido el primero en hablar del sector *terciario* (véase Fisher, 1934), tras recordar que el deslizamiento "del empleo y de las inversiones" desde el primario al secundario y sobre todo al terciario no es un fenómeno nuevo ni típico del siglo XX --apelando para ello a la autoridad de ciertos escritos de Griffin (de 1887) y de D. A. Wells (de 1890)--, crítica a quienes se oponen a esa tendencia, a quienes acusa de "hostiles al progreso económico". Escribe: "Se ha hecho corriente, en ciertos medios, la descalificación de algunos tipos modernos de producción terciaria, bajo el pretexto de que se podría prescindir perfectamente de actividades totalmente superfluas que hacen además una competencia injusta al 'verdadero' productor en términos de distribución de la renta. La producción terciaria, como las demás, está por supuesto expuesta al despilfarro, y puede suceder que se vean atraídos hacia ella un exceso de capital o de mano de obra. Sin embargo, la guerra nos ha mostrado el importante papel desempeñado por los servicios terciarios en la elevación del nivel de vida, incluso de la gente de rentas modestas" (Fisher, 1945, citado de acuerdo con Bailly y Maillat, 1988, p. 100).

¹⁴ En su muy reciente, documentado y exhaustivo libro sobre la integración europea, Brunet (1999) recoge información muy actualizada sobre ésta y otras muchas cuestiones relevantes, que a menudo compara con datos de las economías americana y japonesa. Es lo que hace, por ejemplo, al afirmar que "se ha producido una inversión de la pirámide clásica de actividades, donde los servicios, improductivos, ocupaban una limitada porción superior", que se transformado ahora en una pirámide invertida, tal como se observa en la figura que recoge en su página 96:



Sin embargo, Brunet no olvida precisar que "por su estructura, los *servicios* son generalmente mucho menos capital intensivos que la industria", razón por la cual "la *productividad* en los servicios crecerá menos que la media de la economía" (ibid., p. 97).

¹⁵ "Se puede definir la industria muy exactamente como la transformación continua, a gran escala, de materias primas en productos transportables. La palabra funcional 'contina' excluye todos los procesos relacionados con la confección artesanal de vestidos, la reparación de calzado, etc. Asimismo, la palabra 'transportables' excluye todos los procesos de construcción e instalación, que se clasifican, más oportunamente, entre las actividades de servicios. Son esta continuidad del proceso y este aspecto transportable del producto los que constituyen la naturaleza misma de la industria; ésta concentra, en un punto, la producción de bienes que serán finalmente consumidos un poco por todas partes, subdividiendo así el proceso productivo y haciéndolo más económico" (Clark, 1940, citado de acuerdo con Bailly y Maillat, 1988, p. 102).

producción, al tiempo que señala que la mayor parte de los servicios se hace en una escala mucho más pequeña y "exige un número mucho menor de bienes de equipo que la industria o la agricultura"; esto es así hasta tal punto que Clark considera que la producción industrial de pequeña escala es, más bien, una producción de servicios: "La producción de bienes sobre una escala más pequeña, como la panadería, la confección de vestidos por costureras o la reparación de calzado se excluye casi siempre [de la industria], y figura en consecuencia entre los 'servicios'" (Clark, 1940, p. 104). Por su parte, Fourastié es aun más claro, al incluir en la propia definición sectorial su diferente relación con el progreso técnico: "Llamaré primarias a las actividades que gozan de un progreso técnico medio (agrícolas), secundarias a las actividades de progreso técnico considerable (en general industriales), y terciarias a las actividades de progreso técnico débil (comercio, administración, profesiones liberales, servicios personales, etc.)" (Fourastié 1963, p. 18).

Sin embargo, la versión más clara de la tesis de los peligros que supone para el crecimiento global la expansión de los servicios se debe a Baumol (1967), que ha advertido que "la tasa de crecimiento global se irá aproximando a cero, al concentrarse el empleo en los sectores estancados de crecimiento nulo de la productividad"¹⁶. Aunque es verdad que los servicios no crecen en términos reales, o crecen mucho menos (véanse Kuznets 1966, Maddison 1982), la ponderación de los crecimientos sectoriales en el crecimiento global se irá decantando hacia el sector terciario si es cierto que éste aumenta su peso en el producto monetario. Como también parece indudable el menor crecimiento de productividad en los servicios (Baumol, Blackman y Wolff 1985, Saxonhouse 1985), es claro que el resultado será un menor crecimiento de la productividad global. Ahora bien, no ocurrirá lo mismo con la tasa de crecimiento de la producción, pues la persistencia del peso relativo real del terciario es una prueba en sí misma de que su tasa de crecimiento a largo plazo es la misma que la del conjunto de la economía. Tengo que rectificar, pues, mi primera impresión al respecto (recogida en Guerrero, 1993), que apuntaba a la tesis de una tendencia a la baja en la tasa de crecimiento a largo plazo; ahora pienso que una tasa constante de crecimiento de la producción es compatible con una tasa decreciente (a largo plazo) de crecimiento de la productividad y una tasa creciente (a largo plazo) de crecimiento del empleo, que tampoco es incompatible con un aumento del desempleo y de su tasa, ya que esto sólo exige un crecimiento aun más rápido de la población activa¹⁷.

b) Una versión diferente de la tesis que se examina en esta sección es la que apunta más al crecimiento potencial que al efectivo, y afirma que la tasa de crecimiento potencial (a corto y medio plazo) de la economía se verá presionada a la baja como resultado de la negativa influencia que ejerce la expansión de la producción de los bienes *no básicos* (en el sentido de Sraffa/Pasinetti: véase Juan, 1988). El argumento básico parte del modelo de crecimiento de Harrod e identifica la tasa de crecimiento potencial con la tasa *garantizada* de Harrod. En este contexto, se supone que la relación capital/producto es constante a largo plazo, o sea, que la tasa de variación de la producción es idéntica que la tasa de variación del capital, por lo que podemos escribir:

$$\frac{Y'}{Y} = \frac{s}{v} = \frac{\frac{S}{Y}}{\frac{K}{Y}} = \frac{\frac{S}{Y}}{\frac{B}{Y}} = r \cdot s_c = r \cdot (1 - C_c)$$

donde s es la propensión media al ahorro (o tasa de ahorro) = S/Y ; v es la relación capital/producto = K/Y (por tanto, $Y'/Y = s/v = S/K = I/K = K'/K$); y donde la igualdad entre el ahorro y la inversión viene garantizada, no sólo por las definiciones del cuadro macroeconómico --es decir, no sólo *ex post*--, sino también *ex ante*, con lo que suponemos que estamos en equilibrio macroeconómico debido a que la relación capital/producto es la que satisface a los empresarios, puesto que la inversión total coincide con la inversión deseada. Se puede dibujar una relación gráfica negativa entre la tasa de crecimiento potencial y C_c , es decir, la propensión al consumo del beneficio empresarial (véase la figura 2a). Aunque de Juan no lo dice expresamente, la ecuación linealizada de esa relación negativa podría ser: $Y'/Y = r - rC_c$, que derivaría sencillamente de escribir $Y'/Y = s/v$, ya que:

$$\frac{Y'}{Y} = \frac{s}{v}$$

donde s_c y C_c , que suman la unidad, son la parte ahorrada y consumida, respectivamente, de los beneficios o renta capitalista.

Como se ve en la figura 2(b), aunque fuera cierto que la tasa de crecimiento potencial es una función decreciente de C_c , de la expresión anterior se deduce que la tasa de crecimiento no sólo depende de C_c sino también del valor de r , es decir de la tasa de ganancia, lo cual nos conduce directamente al tipo de reflexión que reservamos para el apartado d) de esta misma sección. Sin embargo, podemos ver desde el primer momento que una disminución de r puede llevar a la economía a una tasa de crecimiento potencial inferior aunque disminuya C_c al mismo tiempo, como ocurriría en el paso del punto 1 al punto 2 de la figura 2(b). A mi juicio, la confusión entre las diferentes definiciones del trabajo productivo que da Juan¹⁸, aunque hechas desde un enfoque sraffiano --que identifica el trabajo productivo como el productor de bienes

¹⁶ El contenido de la tesis de Baumol está bien resumido en el siguiente párrafo de uno de los autores españoles que más han profundizado en el análisis de los servicios: "Dada esta desigualdad tecnológica entre los sectores progresivos (bienes) y los sectores estancados (la mayor parte de los servicios) y suponiendo la igualación de salarios entre sectores, Baumol concluye que: a) El coste de producción por unidad, y por tanto los precios, en los sectores estancados crecerá sin límite respecto al coste unitario y precio en los sectores progresivos. b) Ante esta elevación de los precios, la producción real de servicios descenderá y desaparecerá finalmente si los servicios son suficientemente elásticos respecto al precio. Pero si la demanda de servicios es suficientemente elástica respecto a la renta o muy inelástica respecto al precio o la producción fuera mantenida mediante ayuda estatal, de tal manera que la participación en el *output* real total se los sectores permanezca constante, la participación del empleo de servicios crecerá sin límite y tenderá a cero en los sectores de bienes. c) Por último, en estas condiciones, *la tasa de crecimiento global se irá aproximando a cero*, al concentrarse el empleo en los sectores estancados de crecimiento nulo de la productividad" (Gutiérrez Junquera, 1993, p. 50; la cursiva es mía: D. G.).

¹⁷ Téngase en cuenta que el crecimiento demográfico en el siglo XX ha sido muy superior que en épocas anteriores, y que la participación femenina en la actividad laboral ha sido muy creciente en todo el mundo.

¹⁸ Por otra parte, la propia definición de C_c es problemática, al menos en el contexto de Juan (1988), ya que este autor oscila entre varias definiciones distintas del ámbito abarcado por lo que llama en su gráfico "el nivel de consumo (c)". Así, el ámbito se delimita, alternativamente, como: a) el conjunto de los bienes de consumo comprados a partir del excedente (página 10); b) como el conjunto de los bienes no básicos¹⁸ en el sentido de Sraffa (p. 11); c) como el conjunto del sector verticalmente integrado (en el sentido de Pasinetti) de producción de bienes finales no básicos (p. 15); d) como el conjunto de bienes no "susceptibles de ser acumulados al stock de capital" (p. 18), es decir, los producidos por los "sectores consuntivos de la capacidad productiva" (p. 18),

básicos-- que no coincide con el planteamiento marxista que defienden Shaikh y Tonak (1994), comparte con el planteamiento de estos autores la falta de una nítida separación entre las tres dimensiones que presenta en Marx la cuestión del trabajo productivo, ya que el planteamiento de Marx también influye en la definición de Juan. En Guerrero (1993) he criticado este punto del trabajo de Shaikh y Tonak en una versión anterior de su trabajo (Shaikh y Tonak 1989) que coincide a este respecto con la más reciente, por lo que no es preciso repetir aquí todos los argumentos utilizados en aquel trabajo¹⁹.

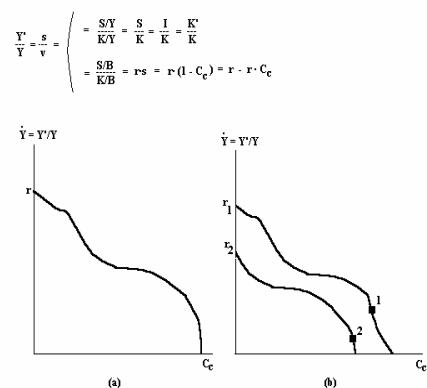


Figura 2: relación entre tasa de crecimiento, rentabilidad y tasa de acumulación

c) Una última versión de la tesis de la incidencia negativa de la terciarización sobre el ritmo de crecimiento a largo plazo de la economía tiene que ver con la interpretación que hacen ciertas corrientes marxistas y radicales de las causas del declive de la rentabilidad media del sistema y su influencia sobre la tasa de acumulación de capital. Para autores como Moseley (1987, 1992), la expansión del empleo de cuello blanco y del trabajo improductivo ligada a la expansión del sector terciario es la causa de un drenaje creciente sobre los beneficios generados por el sistema que acarrea la baja de la tasa de explotación y, por consiguiente, de la tasa de ganancia²⁰ (con independencia de lo que ocurra en la composición del capital). La disminución a largo plazo de la rentabilidad presiona a la baja sobre la tasa de acumulación de capital y éste es el motivo de que la tasa de crecimiento a largo plazo termine finalmente cayendo. La cadena argumental es más fácil de entender si se descompone la tasa de ganancia ($r = B/K$ ó pv/K en términos marxistas, donde B son los beneficios, y pv , la plusvalía) de la siguiente manera:

$$r = pv/K = (pv/v)/(K/v) = \text{tasa de plusvalía (explotación) / composición en valor del capital.}$$

3.b. La terciarización y el advenimiento de la postmodernidad

Aunque ningún autor plantea una relación positiva entre crecimiento relativo del sector terciario y aumento en la tasa de crecimiento económico a largo plazo, hay muchos autores que valoran de la manera más positiva (incluso triunfal) los cambios estructurales ligados (bien como causa o como consecuencia) al proceso de terciarización. El auge de estas ideas se produce --y ello no es casualidad-- coincidiendo con la época dorada del crecimiento capitalista (años 50 y 60), cuando se producían simultáneamente altas tasas de crecimiento generalizadas y un rápido ritmo de expansión de las actividades terciarias. Sin embargo, hoy en día siguen desarrollándose ideas en la estela de Bell (1960) y de otros teóricos de la sociedad postindustrial, como parte del viejo pero siempre reverdecido discurso de la importancia de "los cambios que se observan en el momento presente", que no dejan sino suponer que estamos entrando, o a punto de hacerlo, en una nueva sociedad o forma social o económica, o, cuando menos, en una nueva etapa de nuestra sociedad/economía.

En el momento actual, donde no sólo se ha perdido la brillantez de las tasas de crecimiento de hace tres décadas, sino que se ha entrado en una etapa de evidente desaceleración (con tasas más bajas en los 80 que en los 70, y más bajas aún en los 90), la referencia empírica no puede venir en ayuda de estas teorías, pero toma su relevo el siempre impagable papel de los autores más comprometidos con la batalla ideológica que se desarrolla en nuestro tiempo bajo la bandera de la postmodernidad. Lo postmoderno supone muchas cosas pero, quizás antes que nada,

doble definición que por una parte recuerda la problemática de la "segunda definición" de Smith (véase Guerrero, 1993), y, por otra, la de la concepción de Shaikh y Tonak (1994) que analizamos más tarde; e) como alguno de los conjuntos anteriores ampliados hasta incluir la actividad de los sectores "financieros, comerciales, publicitarios y afines", que supone "una absorción considerable de capital y trabajo sin que ello contribuya a aumentar el output de bienes finales en los sectores que utilizan tales servicios" (pp. 18-19). Una complicación adicional de este trabajo deriva del hecho de que en el título se haga sólo referencia a una parte de los bienes no básicos, pues el ensayo se titula *Trabajo improductivo y servicios públicos*. Sin embargo, la conclusión final deja claro a qué ámbito se debe aplicar: "La expansión de los bienes (privados o públicos) de carácter no básicos redundará siempre y necesariamente en una caída de la tasa de crecimiento potencial de la economía a corto y medio plazo. esta conclusión puede considerarse fundamental en la medida que es independiente de la forma de representación contable de los servicios, de su forma de prestación (ya sea por las empresas, ya por las administraciones públicas), y de su forma de financiación (precios, impuestos o empréstitos)" (de Juan 1988, p. 74). Para de Juan esta multivocidad no parece plantear problemas, quizás porque en el paso de a) a b) y c) sólo ve un recorrido hacia una mayor precisión (mayor rigor), y porque no observe diferencias entre c) y d). Por su parte, las diferencias entre d) y e) quedan reducidas, en su argumento, a una cuestión de consideración de "requerimientos tecnológicos" exclusivamente, o bien de un análisis más amplio que tenga en cuenta también los "imperativos socioeconómicos" que dominan la economía capitalista (p. 18).

¹⁹ Rubin (1929) desarrolla y condensa de forma muy clara las ideas de Marx al respecto (véase un resumen histórico del tratamiento de este problema en el capítulo 5 de Guerrero, 1997, y un análisis más detallado en Guerrero, 1989).

²⁰ Sin embargo, para otros autores, la incidencia del creciente empleo de cuello blanco es exactamente la contraria. Así, Duménil y Lévy (1993) escriben que dicho crecimiento es, "a pesar de sus costes, una contratendencia fundamental de la tasa decreciente de ganancia", lo cual ha hecho posible que "la tendencia a la baja de la tasa de ganancia se interrumpiese por un periodo de tiempo considerable y que, tras un movimiento de casi medio siglo, los niveles de rentabilidad de la economía en su conjunto se recuperaran como resultado de esta revolución en la gestión empresarial" (p. 313).

el fin de lo moderno. Si en el ámbito global esto equivale al fin de la historia, en el más modesto terreno de la Economía esto sólo significa el final de la sociedad industrial y de las teorías "modernas" que lo analizaban, es decir, las teorías que, como las de los clásicos y Marx, partían del concepto dieciochesco (o sea, moderno) de progreso para augurar tendencias estructurales en el desarrollo capitalista que no parecen ser del agrado de los escépticos postmodernos.

No sorprende, pues, que el máximo representante de la tesis de la sociedad *postindustrial*²¹ se declare continuador de la larga tradición de economistas y sociólogos implicados en lo que él llama "un diálogo con Marx", aunque aclara que el diálogo no se establece en relación con la "tendencia histórica de la acumulación capitalista" analizada en el primer volumen de *El Capital*, sino con lo que llama "el esquema del volumen 3", donde Marx habla del desarrollo del sector financiero, de las sociedades anónimas y de las *Dritten Personen* (clases intermedias situadas entre los asalariados y los capitalistas) (Bell, pp. 60-61, 75 y ss.). Bell y tantos de sus seguidores creen haber encontrado en el crecimiento acelerado del terciario²² la base de la masa social que terminará enterrando la tendencia prevista por Marx a la expropiación de los capitalistas. Aunque es loable el esfuerzo de Bell por conectar con cuantos antecedentes de su línea teórica pudiera encontrar²³, tienen especial interés el recuerdo de que la idea sombartiana de "capitalismo tardío" identifica a éste con el posterior a 1914, o el viejo descubrimiento de la "nueva clase media", por E. Lederer²⁴ (en un ensayo de 1912), al que ya se habría anticipado en parte E. Bernstein a finales del siglo XIX, refiriéndose a este estrato social (aunque sin darle nombre) como la prueba del error de las previsiones marxistas.

3.c. La terciarización, como momento interno de la industrialización capitalista

El modo de producción capitalista presupone la acumulación originaria del capital, es decir, un proceso de escisión creciente entre los medios de producción y la fuerza de trabajo, gracias al cual los primeros se concentran en manos de propietarios a gran escala de empresas capitalistas, y la segunda se convierte en una nueva clase asalariada que se ve sometida al dominio de la clase capitalista (subsunción *formal* del trabajo en el capital). Pero el desarrollo ulterior de la producción capitalista se hace sobre la base de la acumulación capitalista propiamente dicha, que consiste en la utilización de una parte de la plusvalía anual extraída para ampliar el valor del capital global invertido en el proceso de producción y valorización del capital. La clase propietaria utiliza el proceso de producción social como un simple medio para la valorización de su capital, objetivo que impone una forma específica al proceso de mecanización o maquinización de la producción que permite dar el paso a la subsunción *real* del trabajo en el capital. La maquinización prosigue desde la revolución industrial su tendencia a una automatización creciente de la producción, pero el contexto social en que se desarrolla este proceso le impone un doble sesgo:

1) La automatización no pretende liberar al hombre del trabajo sino facilitar la máxima extracción de trabajo no pagado; por tanto, la sustitución de esas máquinas imperfectas que son los trabajadores, potencialmente rebeldes o/y fatigados, por esos trabajadores tendencialmente perfectos que son las sumisas e infatigables máquinas no hace sino materializar la vía aparentemente más adecuada para dicho objetivo. Sin embargo, el método se revela como contradictorio cuando su éxito hace menguar la fuente de la que mana la plusvalía: el trabajo vivo de los trabajos directos.

2) La Máquina no es sólo un arma de los capitalistas en su lucha de clase contra el trabajo, sino también en la batalla intercapitalista impuesta por la competencia, que impide al capitalista individual fiarse de sus compañeros de clase, y obliga a cada uno de ellos a intentar desbancar a los demás como único medio de asegurar su cuota o posición en el mercado global. En esta lucha, la mecanización permite rebajar costes y precios al capitalista que se adelante a los demás, pero a la larga puede incrementar los costes y precios del conjunto de la clase capitalista.

Las contradicciones señaladas en los dos puntos anteriores hacen de la acumulación de capital un proceso no lineal, cuya dinámica desigual se explica fundamentalmente por el impacto que los problemas señalados tienen sobre la rentabilidad, es decir, sobre la tasa de ganancia del sistema ($g = B/K$). La manera más frecuente de analizar las diversas influencias que operan sobre g consiste en descomponer la rentabilidad en el resultado de dos factores:

$$g = \frac{B}{K} = \frac{\frac{B}{W}}{\frac{K}{W}}$$

donde B/W (beneficios o plusvalía dividida por los salarios) es la tasa de explotación, y K/W es la composición en valor del capital. Aunque la tasa de explotación aumente con el tiempo, la composición en valor del capital crece más deprisa, con el resultado de una tasa de ganancia decreciente a largo plazo (véanse dos medidas empíricas de estas tendencias para el caso español, en Guerrero, 1990 y Román, 1997).

Existe mucha literatura sobre la imposibilidad de derivar la caída de g a partir de dos tendencias crecientes que afectan simultáneamente al numerador y al denominador de la expresión anterior. A este argumento puramente matemático pueden, sin embargo, oponérsele argumentos teóricos y empíricos, especialmente aquéllos que combinan ambos aspectos en una misma demostración. A continuación, emplearemos este tipo de argumento en forma doble, utilizando, primero, la descomposición habitual de la tasa de ganancia, y luego una descomposición distinta que conduce, no obstante, al mismo resultado final.

a. La caída de g en la descomposición habitual. Teniendo en cuenta que $g = B/K$ puede escribirse (véase Shaikh 1988, de donde se extrae el argumento, aunque los símbolos no coincidan) como $g = (B/Y)/(K/Y)$, donde $Y = B + W$, puede verse fácilmente que:

²¹ "El término sociedad post-industrial --término acuñado por mí-- denota una sociedad que ha pasado de la etapa de producción de bienes a producir servicios" (Bell, p. 57)

²² "Una sociedad post-industrial se basa en los servicios. En consecuencia, es un juego entre personas. Lo que cuenta no es la fuerza bruta, sino la información. La persona clave es el profesional, pues está equipado, por su educación y preparación, para proporcionar los tipos de especialización cuya demanda aumenta en la sociedad post-industrial. Si una sociedad industrial se define por la cantidad de bienes que indican un nivel de vida, la sociedad post-industrial se define por la calidad de vida tal y como se mide por los servicios y comodidades -salud, educación, diversiones y las artes- que ahora son premios deseables y posibles para todos" (Bell, p. 152).

²³ Así, señala su filiación con las teorías "formuladas por Werner Sombart, Max Weber, Emil Lederer, Joseph Schumpeter, Raymond Aron" (p. 61), o con las aportaciones de Saint-Simon, Durkheim y Colin Clark (p. 95);

²⁴ Este autor se refirió ya en 1926 al moderno "estado de servicios".

$$g = \frac{B}{(W+B) \cdot \frac{K}{Y}} = \frac{1}{\left(1 + \frac{1}{p'}\right) \cdot \frac{K}{Y}}$$

$$g = \frac{1}{\left(1 + \frac{1}{f(t)}\right) \cdot F(t)}$$

donde p' es la tasa de explotación ($p' = B/W$). Si se supone que tanto p' como K/Y crecen con el tiempo y hacemos $p' = f(t)$, $(K/Y) = F(t)$, tenemos:

Partamos de un valor de $f(t)$ empíricamente verosímil, por ejemplo el que proporciona implícitamente Ricardo en el ejemplo que utiliza en el capítulo 6 de sus *Principios*, donde $p' = 2$ (los salarios representan entre el 30% y el 33% del total del producto). Si $f(t) = 2$, entonces el paréntesis $(1+1/f(t)) = 1.5$; por tanto, aunque $f(t)$ crezca hasta un valor infinito, el paréntesis no puede bajar de un valor = 1, es decir, no puede descender más de un tercio de su valor inicial. Por el contrario, si $F(t)$ crece a largo plazo más de un tercio, el valor del corchete aumentará y, en consecuencia, el valor de g descenderá. La pregunta procedente en este punto es: ¿cabe esperar que $F(t)$, es decir, K/Y crezca a largo plazo más de un 33%? La respuesta es sí, sin ninguna duda. Piénsese que un crecimiento anual de K/Y de un 1% durante ciento ochenta años --el tiempo transcurrido desde la primera edición de los *Principios* de Ricardo-- significa una multiplicación por 6 del valor inicial de K/Y , suficiente para que la tasa de ganancia se reduzca --¡incluso en el caso de que la tasa de plusvalía crezca hasta infinito!-- a la cuarta parte de su valor inicial.

Lo que quiere decir todo esto es que si Marx hubiera expresado la tasa de ganancia, además de como p'/cvc (siendo cvc la composición en valor del capital), como:

$$g = \frac{\frac{B}{Y}}{\frac{K}{Y}}$$

hubiera resultado más evidente que el crecimiento del numerador tiene un límite que no existe para el denominador; por ejemplo si B/Y es 0.5, nunca podrá superar la unidad, mientras que nada impide que el cociente K/Y crezca hasta más que duplicarse, triplicarse, etc. Las teorías neoclásicas y postkeynesianas del crecimiento económico presuponen que K/Y no crece a largo plazo --no en vano Kaldor señaló la constancia de K/Y como uno de los *hechos estilizados* de su famoso artículo--, pero esto es un error, ya que, como veremos a continuación, el crecimiento de K/Y no es sino otra forma de manifestarse la tendencia al crecimiento de I/Y .

b. La caída de g en la nueva descomposición. A largo plazo, la tasa de variación del capital tiende a identificarse y converger hacia la tasa de variación de la inversión, sea cual sea el valor inicial de I/K .²⁵ Por ejemplo, si suponemos que la inversión crece a una tasa constante del 20%, el capital crecerá a esa misma tasa tanto si partimos de un valor inicial de $I/K = 5\%$ como si lo hacemos de $I/K = 33\%$, tal y como se observa en la figura 3.

Puesto que la inversión y el capital crecen a la misma tasa a largo plazo, el crecimiento de K/Y sólo significa que I/Y está creciendo. Pero el crecimiento de I/Y parece uno de los rasgos más característicos y conocidos del desarrollo capitalista, que casa bien con toda la evidencia teórica y empírica disponible:

1°. Puesto que a largo plazo el equilibrio macroeconómico exige la igualdad ex post del ahorro y la inversión, lo anterior equivale a afirmar la tendencia al crecimiento de la propensión media al ahorro, algo que concuerda con la ley de Engel, con las funciones keynesianas de consumo y ahorro y con la evidencia empírica sobre la evolución de la participación del consumo en el PIB en el largo plazo (así, según Maddison, 1991, el consumo ha pasado de representar un 85% a principios del siglo XIX a un 58% en 1989).

2°. Si se supusiera que K no crece tan deprisa como I , el resultado sería un crecimiento a largo plazo del cociente I/K , lo que significaría que el ritmo de crecimiento del capital se hace cada vez mayor. Si se supone que K no crece más deprisa que Y ²⁶, lo anterior

²⁵ Para los acostumbrados al individualismo metodológico típico de los neoclásicos, digamos que este resultado es perfectamente coherente con la conducta maximizadora del capitalista individual que quiere maximizar el ritmo de crecimiento de su capital privado como medio de incrementar sus beneficios. Maximizar el ritmo de expansión del capital ($K'/K = I/K$) exige, como primera condición de máximo, hacer cero la primera derivada de (I/K) . Por tanto, $(I/K)' = 0 = (I'K - K'I)/K^2$, y esto significa que $I'K = K'I$, o sea:

$$I/I = K'/K.$$

²⁶ Desde luego, un supuesto así tiene que hacerse en contra de la evidencia empírica disponible, como lo demuestra la que resume Maddison con las siguientes palabras: "A lo largo del periodo 1820-1992, el inventario de estructuras no residenciales de los Estados Unidos aumentó casi 800 veces. Una buena parte de ello fue 'ampliación' de capital, esto es, provisión para cubrir las necesidades de una fuerza de trabajo que creció 38 veces, pero también se observó una 'profundización' de capital muy importante. Las estructuras no residenciales crecieron 21 veces por persona empleada. El crecimiento del inventario de maquinaria y equipo fue mucho mayor. El inventario de 1992 fue alrededor de 5400 veces mayor que el de 1820; se observó un crecimiento de 141 veces por trabajador. En 1820 la maquinaria era importante en sólo unos pocos renglones de la economía; en 1992 se encontraba en grandes cantidades en la fábrica, en el campo y en las oficinas. En 1820 la maquinaria y equipo constituían apenas el 7 por ciento del capital no residencial; en 1992, dicha proporción fue del 35 por ciento. En el Reino Unido, el inventario de capital tuvo un crecimiento muchísimo más lento que Estados Unidos. Ello se debió principalmente a que el incremento del empleo fue mucho más pequeño. No obstante, el aumento de estructuras por trabajador fue de 15 veces y el de maquinaria y equipo fue de 97 veces. Para Japón, nuestras estimaciones de inventario de capital principian apenas en 1890, cuando el país tenía un nivel de ingresos muchísimo más bajo que Estados Unidos, y sólo una pequeñísima fracción de sus niveles de capital por trabajador. En el proceso emprendido para alcanzar a Estados Unidos, el inventario de maquinaria y equipo por trabajador de Japón aumentó 207 veces y el de estructuras no residenciales 62 veces en el periodo que va de 1890 a 1992. Para este último año el inventario de capital por trabajador fue más grande que el de Estados Unidos. Parece no haber duda

exigiría un ritmo de crecimiento acelerado de la producción a largo plazo, lo cual no se ve confirmado empíricamente, ya que entre el siglo XIX y XX las tasas anuales de variación del PIB de los países más desarrollados prácticamente coinciden.

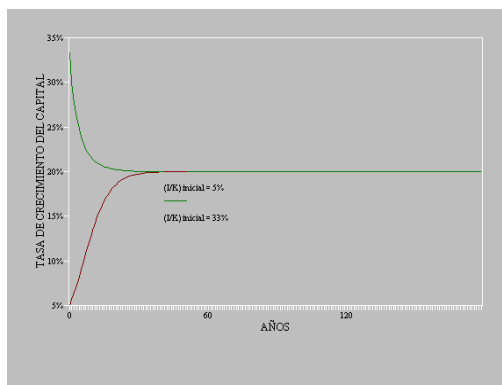


Figura 3: La convergencia de K'/K hacia I/I en el largo plazo

3º. Los datos directamente disponibles sobre la participación de la inversión en el producto nacional indican muy claramente que uno de los rasgos más sobresaliente de la industrialización capitalista ha sido el crecimiento secular más rápido de la inversión que de la producción, lo que se ha traducido en que la inversión pasara de un porcentaje muy pequeño del PIB, a principios del siglo pasado, a proporciones mucho más elevadas en nuestra época. Así, por ejemplo, si utilizamos los datos proporcionados por A. Carreras (1990) para el caso español, obtenemos un crecimiento del cociente de I/K tal que su valor se multiplica por 12 en 140 años (por tanto, I/Y y K/Y crecen a un ritmo superior al 1% utilizado en el párrafo anterior para obtener un crecimiento del 600% en 180 años).

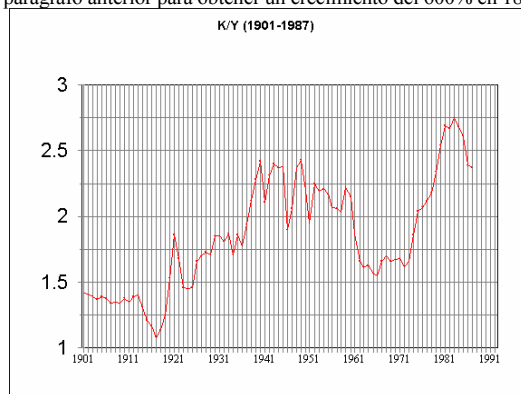


Figura 4: La relación capital-producto en España (1901-1987)

Todos estos argumentos nos llevan a proponer una forma adicional de descomposición de la tasa de ganancia:

$$g = (I/K)/(I/B).$$

Según esta fórmula, la tasa de ganancia general del sistema disminuye a largo plazo porque una tasa de crecimiento constante del capital global de la clase capitalista sólo se consigue a un coste creciente: la reinversión de un porcentaje cada vez más elevado de los beneficios extraídos en la producción. Obsérvese que, llamando $s_c = I/B$, y recordando las definiciones de dos de los coeficientes más usados en la teoría del crecimiento económico ($s = S/Y$, $v = K/Y$), lo anterior puede también escribirse como:

$$g = (s/v)/s_c.$$

Referencias bibliográficas

- Bailly, A.; Maillat, D. (1988): *Le secteur tertiaire en question. Activités de service, développement économique et spatial*, 2ª edición, Économica, París.
- Baumol, W. (1967): "Macroeconomics of unbalanced growth: the anatomy of urban crisis", *American Economic Review*, 52 (3), junio, pp. 415-426.
- ; Blackman, S.; Wolff, E. (1985): "Unbalanced growth revisited: asymptotic stagnancy and new evidence", *American Economic Review*, 75 (4), septiembre, pp. 806-817.
- Bell, D. (1961): *The End of the Ideology*, Free Press.
- (1973): *The Coming of Post-Industrial Society*, Basic Books, Nueva York [*El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Alianza, Madrid, 1989].
- Brunet, F. (1999): *Curso de integración europea*, Madrid: Alianza.
- Burger, A. (1970): *Economic Problems of Consumers' Services*, Budapest: Akadémiai Kiadó.
- Carreras, A. (1990): *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*. Espasa Calpe, Madrid.
- Clark, C. (1940): *Conditions of Economic Progress*, London, Macmillan, 1951.

de que tasas elevadas de acumulación de capital y los niveles altos y crecientes de capital por trabajador fueron una condición necesaria para el incremento de productividad logrado en la época capitalista" (Maddison, 1995, pp. 42 y 45).

- Dahrendorf, R. (1959): *Class and Class Conflict in an Industrial Society [Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid].
- Delaunay, J.-C. (1984): *Salariat et plus-value en France depuis la fin du XIX^e siècle*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.
- y Gadrey, J. (1987): *Les enjeux de la société de service*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.
- Duménil, G.; D. Lévy (1993): *The Economics of the Profit Rate. Competition, Crises and Historical Tendencies in Capitalism*, London: Edward Elgar.
- Fourastié, J. (1963): *Le grand espoir du XX^e siècle*, ed. définitive, Paris: Gallimard.
- Germer, C. M. (1998): "Credit money and the functions of money in capitalism", 18 pp., International Working Group on Value Theory: 5th Annual Miniconference at the Eastern Economic Conference, New York.
- Guerrero, D. (1989): *Acumulación de capital, distribución de la renta y crisis de rentabilidad en España (1954-1987)*, Madrid: U.C.M., 1989.
 (1990): "Teoría económica marxista y tendencias estructurales de la economía española", en Berzosa y otros: *Tendencias de la economía mundial hacia el 2000*, IEPALA, Madrid, pp. 229-258.
 (1993): *Cambio tecnológico e industrialización de los servicios*, Documento de Trabajo n° 9318, Facultad CC.EE.EE., Universidad Complutense, Madrid.
 (1995) *Competitividad: teoría y política*, Barcelona: Ariel.
 (1996): "La técnica, los costos, la ventaja absoluta y la competitividad", *Comercio Exterior*, México, 46 (5), mayo, pp. 400-407.
 (1997). *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Madrid: Trotta, 1997.
 ed. (1997/98): *The Distribution of National Income: Theory and Practice of Marxist Analysis*, n° monográfico de la revista *International Journal of Political Economy*, 27 (4), invierno 1997-98, Nueva York: Sharpe.
- Gutiérrez Junquera, P. (1993): *El crecimiento de los servicios. Causas, repercusiones y políticas*, Alianza, Madrid.
- Itoh, M. (1990): *The World Economic Crisis and Japanese Capitalism*, Macmillan, Cambridge.
- Juan, Ó. de (1988): *Trabajo improductivo y servicios públicos. Perspectiva actual de una idea antigua*, Documento de Trabajo Fiesceca, n° 30, 76 pp.
- Keynes, J. M. (1936): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Kuznets, S. (1966): *Modern economic growth: rate, structure and spread*, Yale University Press, New Haven [*Crecimiento económico moderno*, Aguilar, 1973].
- Maddison, A. (1982): *Phases of Capitalist Development* (Oxford University Press).
 (1991): *Dynamic Forces in Capitalist Development. A Long-Run Comparative View [Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas. Una visión comparada a largo plazo*, Ariel, Barcelona].
 (1995): *La economía mundial, 1820-1992. Análisis y estadísticas*, OCDE, París, 1997.
- Mandel, E. (1962): *Traité d'économie marxiste*, R. Juillard, Paris.
 (1976/1981): *Introduction to 'Capital'*, Penguin books-New Left Review [*El Capital: cien años de controversias en torno a la obra de Marx*, S. XXI, México, 1985].
- Marx, K. (1894): *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro III*, Madrid: Siglo XXI, 1979, 3 volúmenes.
- Mattick, P. (1969): *Marx y Keynes*, México: Era.
 (1974): *Crisis y teoría de la crisis*, traducción de Gustau Muñoz, Península, Barcelona, 1977, 231 pp.
 (1983) *Marxism. Last Refuge of the Bourgeoisie?*, ed. Paul Mattick, jr., Armonk, New York: Sharpe.
- Moseley, F. (1987): "The profit share and the rate of surplus value in the U. S. economy, 1975-1985", *cambridge journal of economics*, 11, pp. 393-398.
 (1992): *The Falling Rate of Profit in the Postwar United States Economy*, St. Martin's Press, Nueva York.
 (1999): "La economía de los Estados Unidos en 1999: ¿se encontrará Caperucita al Lobo Feroz?", traducido de *Monthly Review*, enero.
- Nagels, J. (1974): *Travail collectif et travail productif dans l'évolution de la pensée marxiste*, Bruselas: Éditions de l'Université de Bruxelles.
- Penty, A. J. (1917): *Old World for New: A Study of the Post-Industrial State*, Londres.
- Ricardo, D. (1817): *Principios de Economía Política y Tributación*, Ayuso, Madrid, ed. M. Román, 1973.
- Riesman, D. (1958): *Mass Leisure*, Glencoe, Illinois.
- Román, M. (1997): *Growth and Stagnation in the Spanish Economy*, Avebury, Londres.
- Rostow, W. W. (1959): *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge [*Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976].
- Rubin, I. I. (1929), *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Buenos Aires: Pasado y Presente, 1974.
- Saxonhouse, G. R. (1985): "Services in the Japanese economy", en R. Inman (ed.): *Managing the Service Economy*, University Press, Cambridge, Mas.
- Schwartz, P. (1998): *Nuevos Ensayos Liberales*, Madrid: Espasa.
- Shaikh, A. (1988): "The structure of the falling rate of profit argument", New School for Social Research, New York.
 -- y Tonak, E. (1989): *National Income Accounts and Marxian Categories*, New School for Social Research, N. York, mimeo;
 --(1994): *Measuring the Wealth of Nations. The political Economy of National Accounts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vargas Llosa, M. (1998): *Prólogo: Un liberal de pies a cabeza*, en Schwartz 1998, pp. 11-15.
- Wray, R. L. (1998): "Theories of value and the monetary theory of production", paper presented to the Fifth Annual Mini-Conference of the IWGVT, New York, Eastern Economic Association, 2/27/1998, 24 pp.